



PERRY ANDERSON

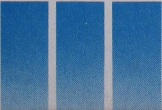
DEMOCRACIA Y SOCIALISMO

La lucha democrática
desde una perspectiva
socialista

FICHAS TEMATICAS DE
Cuadernos del Sur



Tierra  fuego
del



DEMOCRACIA Y SOCIALISMO

**PERRY
ANDERSON**

**DEMOCRACIA
Y SOCIALISMO**

La lucha democrática
desde una perspectiva
socialista

FICHAS TEMATICAS DE
Cuadernos del Sur

Tierra  fuego
del

CONSEJO EDITORIAL

Argentina: César Altamira / Eduardo Lucita /
Roque Pedace / Alberto J. Pla / Carlos Suárez

México: Alejandro Dabat / Adolfo Gilly

José María Iglesias (Editor)

Italia: Guillermo Almeyra

Brasil: Enrique Anda

Francia: Hugo Moreno

Perú: Alberto Di Franco

*El Comité Editorial está constituido por los miembros
del Consejo Editorial residentes en Argentina*

Publicado por

© Editorial Tierra del Fuego, 1988

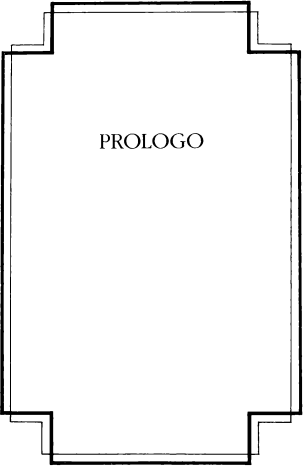
Toda correspondencia deberá dirigirse a:

Casilla de Correos Nº 167, 6-B_{ma}

C.P. 1406 - Buenos Aires - Argentina

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Impreso en Argentina - Printed in Argentina



PROLOGO

Prólogo

La relación entre el socialismo y la democracia no es ciertamente un tema novedoso. Los movimientos socialistas lucharon desde un comienzo por la vigencia irrestricta de la democracia. Inscribieron en su bandera, desde sus orígenes, las consignas democráticas que las tendencias burguesas abandonaban una vez que se consolidaban los Estados modernos.

Ante los cambios de situación política, especialmente cuando se modifica la relación de fuerzas entre las clases, retorna un debate apasionado sobre la relación del socialismo con la democracia. Este debate aparece y desaparece a lo largo de más de un siglo y medio, ya como resultado de problemas teóricos en el campo del marxismo que se traducen en divergencias estratégicas o tácticas para la acción política, ya como exigencia de fuerzas antagónicas que obligan a precisar las propias posiciones. Cuando todo indica que éstas son delimitadas y definitivas, nuevos acontecimientos vuelven a ponerlas sobre el tapete. ¿Son los mismos debates que obligan a desempolvar los viejos libros? En apariencia o haciendo un análisis epidérmico podríamos convenir que ésto es así. Pero en la medida que profundizamos en los nuevos problemas nos encontramos con aspectos inéditos para los cuales las viejas ideas, las anteriores polémicas, son insuficientes. Al mismo tiempo, sólo una

comprensión teórica muy limitada o un dogmatismo a toda prueba podrían afirmar que de cada una de estas confrontaciones el bagaje teórico del marxismo no emergió enriquecido. Desde la revolución de 1848 hasta la "glasnot" en la actualidad, socialismo y democracia son motivo de una reflexión que aporta a la teoría y a la praxis.

Para los argentinos el debate sobre socialismo y democracia tiene otras connotaciones a partir de la dictadura militar del "proceso" y, particularmente, cuando se restaura el funcionamiento de las instituciones del Estado de derecho.

Durante la década anterior al golpe militar del '76 en la mayoría de las fuerzas de la izquierda el acento estaba puesto en el problema del poder, en la posibilidad de una transformación profunda de las estructuras económicas y sociales del país. Sólo pequeños grupos—más que nada como parte de una reflexión teórica—abordaban la problemática del socialismo y la democracia.

Por el contrario nunca como hoy la cuestión de la democracia ocupó un lugar tan destacado en la escena política nacional. Desde el oficialismo, la oposición de diverso signo, así como en las distintas vertientes de la izquierda marxista y no marxista, se han ensayado múltiples reflexiones al respecto. La importancia asignada a sus formas, contenidos, extensión y ampliación, guarda una directa relación con la duración y la calidad del autoritarismo salvaje que asoló no sólo nuestro país, sino que también recorrió despiadadamente Latinoamérica en los últimos veinte años.

En un contexto social y político signado por las secuelas del período precedente, se desarrolla una tendencia a rescatar los elementos meramente político ins-

titucionales de la práctica democrática, en desmedro de los aspectos económicos y sociales, visualizando al individuo esencialmente como un ciudadano. En contraposición, la continuidad del deterioro de las condiciones de vida y de trabajo de amplios sectores populares genera otra tendencia que ubica estas cuestiones como la esencia de un verdadero proceso de democratización. La superación de esta dicotomía requiere una concepción globalizadora de la democracia que otorgue tanta importancia al problema de **¿quien domina?**, como al de **¿cómo se domina?**, según surge de la lectura de los materiales que se reproducen en este libro).

Estos trabajos que presentamos persiguen un primer acercamiento a la recuperación de la discusión necesaria. Contribuyó a ello la presencia en la Argentina de **Perry Anderson** en octubre de 1987 que fue propicia para que investigadores, estudiantes y militantes de izquierda pudieran dialogar con una figura destacada del marxismo contemporáneo, un pensador "infaltable" en la discusión y en las reflexiones sociológicas, producto de la revitalización del pensamiento social de origen anglosajón en las últimas décadas. Su obra, como la de tantos otros, recién comienza a difundirse de forma más amplia por estas latitudes, a incorporarse a la reflexión de la izquierda y, tímidamente, al mundo académico local, luego de los años de fractura que significaron los de la dictadura militar. El autor de *Transiciones de la antigüedad al feudalismo*; *El Estado absolutista*; *Consideraciones sobre el marxismo occidental*; *Tras la huella del materialismo histórico*; *Las Antinomias de Antonio Gramsci*; *Teoría política e historia*; y director de la *New Left Review*, constituye una referencia obligada para la discusión actual de la problemática de la democracia y del socialismo. En su visita a Buenos Aires, **Anderson**

abordó esta problemática y posteriormente el Comité Editorial de *Cuadernos del Sur* consideró la importancia de hacer conocer estos trabajos a un público más amplio.

De este modo, con las conferencias y otros dos textos del mismo autor, inauguramos estas Fichas Temáticas de Cuadernos del Sur con el propósito de afirmar la tarea que nos impusimos desde el primer número de nuestra revista, ésto es, la de contribuir a la discusión de la izquierda, de encontrar a través de esta discusión la superación del profundo bache que ideas, debates y posiciones políticas, tuvieron tras ocho años de dictadura militar más un lento y difícil período de recomposición.

La primera conferencia *Norberto Bobbio y la democracia moderna*, está referida a quien —a decir de **Anderson**— *es sin ninguna duda uno de los teóricos más serios que tenemos hoy de la democracia moderna en general*.

La originalidad de **Bobbio**, según **Anderson**, resulta de las fuentes donde abreva su formación intelectual y fundamenta sus posiciones políticas: la tradición liberal (desde un punto de vista político, no económico), el marxismo y el realismo político italiano. Sus posiciones por lo tanto están sometidas a estas tensiones entre un liberalismo decimonómico (**J.S. Mill**), el socialismo (**Marx**) y la política concebida como juego de poder en sí (**Maquiavello**). Para **Anderson** ésto constituye un compuesto muy inestable donde sus elementos tienden a separarse y, en definitiva, el componente liberal muestra una fuerte afinidad con el conservadurismo.

Al analizar las *Dictaduras y la Democracia en América Latina*, **Perry Anderson** intenta caracterizar los procesos actuales luego de los regímenes militares de la última década. Particularmente los casos de Argentina,

DEMOCRACIA Y SOCIALISMO

Uruguay y Brasil, donde el autor destaca que "la democracia capitalista es contruída aquí sobre la derrota y no sobre la victoria de las clases populares". Esta caracterización conlleva a la conclusión del efecto perdurable de la obra de estas dictaduras, combinada con la reestructuración capitalista en curso, en cuanto a la desarticulación del tejido social, la disminución del peso relativo de la clase obrera industrial en la sociedad, y las dificultades para articular un proyecto alternativo por parte de la izquierda.

Hoy en día el socialismo se ha transformado en un tema tabú en la política latinoamericana, dice **Ander-son**, donde todo intento de modificar las relaciones de producción capitalistas se ve confrontado con la amenaza directa o sublimada de un retorno del terror dictatorial.

En la *Socialdemocracia en los Ochenta*, el autor pasa revista a la situación de la clase obrera en Europa Occidental y sus relaciones con la política socialdemócrata. En tanto la crisis económica mundial lleva al agotamiento del Estado de bienestar y reduce, por consiguiente, los márgenes de maniobra de la política socialdemócrata clásica, el tema reviste especial interés. Así mismo, implica rediscutir la estrategia de los trabajadores ante la crisis y el análisis de los cambios en la política de la socialdemocracia aparece como una necesidad concreta para definir una verdadera propuesta socialista ante la crisis.

Finalmente incluimos su conferencia acerca de: *La interpretación de Trotsky sobre el stalinismo*. A primera vista el asunto tendría poco que ver con los anteriores textos reunidos en esta entrega. Sin embargo, el actual desenvolvimiento del debate en la Unión Soviética

acerca de la "glasnot" y la "perestroika" reintroduce la polémica sobre la relación del socialismo con la democracia en un nivel hasta ahora inédito.

En este sentido el trabajo de **Anderson** contribuye notablemente para precisar los aciertos y los límites del análisis de **Trotsky** sobre el stalinismo referencia necesaria a la discusión actual sobre la democracia en el socialismo.

Esta primera entrega de las *Fichas Temáticas* constituye un considerable esfuerzo para *Cuadernos del Sur* que será continuada con otros temas de importancia y actualidad, y espera contribuir así a un debate fecundo. Lo hacemos desde la convicción que los aportes del autor ayudarán a combatir la esclerosis del pensamiento socialista por una parte, y a superar la dicotomía, señalada por **Anderson**, entre los que *luchan y no piensan* y los que *piensan y han dejado de luchar*, por la otra.

Buenos Aires, Julio de 1988.

Norberto Bobbio
y la
democracia moderna

Norberto Bobbio
y la democracia moderna

El objeto de mis reflexiones esta noche*, el pensador político italiano Norberto Bobbio, supongo que debe ser relativamente bien conocido aquí en Argentina —seguramente mejor, por lo menos, que en mi propio país, Inglaterra—. No sólo conocido sino también, creo, influyente. Hay dos razones evidentes para tal influencia. Por un lado, están los antiguos lazos humanos y culturales entre Italia y Argentina, que han asegurado un impacto constante de ideas y de ejemplos políticos de aquella sobre ésta en el presente siglo, para bien o para mal. Basta recordar, entre otros, el entusiasmo de un Lugones por Mussolini ya en los tempraneros años veinte; los efectos duraderos de una estadía romana sobre el joven viceagregado militar Perón en el umbral de los años 40; la contribución decisiva a las ciencias sociales argentinas del expatriado Gino Germani en los años cincuenta, o la recepción memorable del pensamiento de Antonio Gramsci por parte del grupo de la revista *Pasado y Presente* en los años sesenta, los primeros fuera de Italia en hacer tal lectura en el mundo. Un interés vivaz por la obra de Bobbio sería lo más lógico y natural en los

* Conferencia inaugural del coloquio *Identidad latinoamericana: premodernidad, modernidad y postmodernidad*, realizado con motivo del XX aniversario de CLACSO. Teatro General San Martín, Buenos Aires, 14 de octubre de 1987.

marcos de esta larga tradición.

Pero también existe, por supuesto, una segunda razón, más estrictamente coyuntural, para este interés. En los años ochenta Argentina ha salido de una dictadura militar feroz hacia una democracia que muchos temen todavía precaria, mientras otros la esperan preambular. Bobbio es, sin duda alguna, uno de los más serios teóricos de la democracia moderna con que hoy contamos. Es pues obvia la pertinencia en su obra para los debates contemporáneos argentinos, y no sólo argentinos. Ahora bien, esta noche mi propuesta será la de contextualizar un poco el pensamiento de Bobbio, reinscribiéndolo en la historia de su país; sugerir las tensiones y los límites del pensamiento bobbiano y, al mismo tiempo, sondear las raíces intelectuales de estos límites. Comencemos dando una mirada retrospectiva a la biografía de Bobbio.

¿Quién es, en efecto, Norberto Bobbio? Nació en 1909, en una familia de clase media culta de Piamonte. Se formó en filosofía y derecho. Ingresó joven en la resistencia antifascista, como simpatizante de *Giustizia e Libertà*, organización fundada por los hermanos Roselli, y fue arrestado por primera vez en 1935. Puesto en libertad, se hizo profesor de derecho en la Universidad de Siena, en vísperas de la segunda guerra mundial, y luego en la Universidad de Padua. Allí se alió al grupo inspirado sobre todo por Guido Calogero, que preconizaba un socialismo liberal, y militó en el Comité Nacional de Liberación de la región. En 1943 el régimen de Mussolini lo arrestó por segunda vez, pero nuevamente logró salir de la cárcel. En el otoño de 1943 participó en la formación del Partido de Acción, en el que confluyeron tanto *Giustizia e Libertà* como el socialismo liberal de Calogero y sus amigos. Meses más tarde escribió su

primer trabajo filosófico-polémico, el folleto titulado *La filosofía del decadentismo - Un estudio del existencialismo*, vehemente requisitoria contra el aristocratismo y el individualismo de Heidegger y Jaspers en nombre de un humanismo democrático y social. Es un texto que revela con claridad el impacto que tuvo sobre el joven Bobbio el predominio masivo del movimiento obrero, con sus dirigentes y sus valores, en la Resistencia Italiana en el norte del país. Explicó más tarde: "Abandonamos el decadentismo, que era la expresión ideológica de una clase en declinación, porque participábamos de los trabajos y de las esperanzas de una nueva clase". "Estoy convencido", continuaba, "de que si no hubiéramos aprendido del marxismo a ver la historia desde el punto de vista de los oprimidos, adquiriendo así una nueva e inmensa perspectiva sobre el mundo humano, no nos hubiéramos salvado"¹. Al hablar así, Bobbio describe la reacción de toda la constelación de intelectuales —un grupo fértil y promisorio— que se integraba al Partido de Acción.

Después de la liberación, sin embargo, aunque contaba con devotos militantes y con una rica tradición intelectual, el Partido de Acción no logró conquistar un lugar duradero en la escena política italiana. Se hundió después de tres años. Nadie ha definido mejor que el propio Bobbio las razones de esa derrota y desaparición. Una década más tarde, escribió: "Teníamos posiciones morales claras y firmes, pero políticas sutiles y dialécticas, y por lo tanto móviles e inestables, continuamente en busca de una inserción en la vida política italiana. Pero, en la sociedad italiana de aquellos años, nos quedábamos sin raíces. ¿Hacia quiénes nos orientábamos?

1. "Liberta e Potere", en *Política y Cultura*, Torino, 1977, p. 281.

Moralistas ante todo, preconizábamos una renovación total de la vida política italiana, a comenzar por las costumbres. Pero creíamos que para dicha renovación no era necesario hacer una revolución. De ahí que fuéramos rechazados por la burguesía, que no deseaba ninguna renovación, y por el proletariado, que no quería renunciar a la revolución. Por consiguiente, nos quedábamos frente a frente con la pequeñoburguesía, que era la clase menos inclinada a seguirnos; y no nos siguieron. Fue en verdad un espectáculo bastante penoso el ver a estos *enfants terribles* de la cultura italiana en contacto con las capas más medrosas y débiles, a esos cerebros en permanente movimiento tratando de hablar con las cabezas más perezosas y filisteas, a esos suscitadores de escándalos sonriendo en forma cómplice a los ciudadanos más tímidos y conformistas, a esos moralistas superintransigentes predicando a especialistas en compromiso. Durante todo el tiempo que el Partido de Acción —jefes sin ejército— actuó como movimiento político, la pequeñoburguesía italiana —ejército sin jefes— era indiferente. Imagínense si era posible un matrimonio entre ambos..."²

Este juicio —duro y cáustico— sobre la experiencia del Partido de Acción refleja sin duda el estado de ánimo con que Bobbio se retiró de la actividad política directa en 1948, cuando el Partido se disolvió y él ingresó como catedrático a la Universidad de Turín. Durante los años de la Guerra Fría permaneció en silencio, esencialmente ausente del debate político italiano. Fue sólo en 1954, después de la muerte de Stalin, cuando el proceso de desestalinización en la Unión Soviética empezó a aflojar un poco los corsés ideológicos del movimiento comu-

2. Ibidem.

DEMOCRACIA Y SOCIALISMO

nista italiano, cuando Bobbio reingresó por un periodo a la escena nacional. La ocasión fue un artículo suyo, "Democracia y dictadura", que contenía una crítica serena pero severa de las concepciones marxistas tradicionales al respecto. El artículo insistía sobre la subestimación histórica, por parte del marxismo, del valor de las instituciones políticas liberales, y predecía que, no obstante, el Partido Comunista Italiano iba a evolucionar en los años venideros hacia una aceptación mayor de esta crucial herencia política.

El artículo provocó una significativa respuesta por parte del principal filósofo comunista de la época en Italia, Galvano Della Volpe, quien reprochó a Bobbio el regresar a las posiciones teóricas de Benjamín Constant en el siglo XIX, contraponiendo a su vez a ese liberalismo moderado la tradición mucho más radical de Jean Jacques Rousseau: es decir, contra una *libertas minor* la *libertas maior* de la cual el marxismo sería el heredero contemporáneo.

Bobbio, a su vez, contestó a Della Volpe con un ensayo más extenso que el original: "De la libertad de los modernos comparada con la de los descendientes". En él profundizaba sus temas y exhortaba a los comunistas, en un tono amistoso pero firme, a desconfiar de "un progresismo demasiado ardiente", que podía sacrificar las conquistas de la democracia liberal a la instauración de una dictadura proletaria con la promesa de una ulterior democracia perfeccionada. Fue tal el peso de esta segunda intervención que el propio Palmiro Togliatti sintió la necesidad de replicar a sus argumentos, bajo seudónimo, en *Rinascita*.

En su respuesta final a los contrargumentos de Togliatti, Bobbio concluyó su recordatorio autobiográfico con algunas líneas elocuentes, que dicen mucho de su

personalidad intelectual. Sin el encuentro con el marxismo, dijo, "o hubiéramos buscado un refugio en la isla de la interioridad, o nos hubiéramos puesto al servicio de los patrones. Pero entre quienes se han salvado de eso, sólo algunos hemos conservado un pequeño equipaje en el cual, antes de lanzarnos al mar, habíamos guardado, para guiarnos, los frutos más sanos de la tradición intelectual europea: la inquietud de la investigación, el sabor de la duda, la voluntad del diálogo, el espíritu crítico, la ponderación del juicio, el escrúpulo filológico, el sentido de la complejidad de las cosas. Muchos, demasiados, se privaron de este equipaje: o lo abandonaron, creyéndolo un peso inútil, o nunca lo poseyeron, lanzándose al mar antes de tener el tiempo para adquirirlo. No se los reprocho; pero prefiero la compañía de los otros. En verdad, tengo la ilusión de que esta compañía está llamada a crecer, en la medida en que los años aportan sabiduría y los acontecimientos arrojan nueva luz sobre los hechos"³.

La confianza tácita en la última frase demostraría su justificación para Bobbio, a largo plazo, como sin duda él lo entendía. A corto plazo, el episodio del debate con Della Volpe y Togliatti no despertó ecos mayores y dejó pocas huellas en la cultura política italiana, permaneciendo relativamente olvidado durante los siguientes veinte años. No fue preludio a ningún regreso político de Bobbio, quien prosiguió trabajando esencialmente dentro de la universidad.

En 1962, la democracia cristiana en el poder se abrió por primera vez a una coalición con el Partido Socialista Italiano, desde que éste rompió sus lazos con el Partido Comunista. Durante seis años Italia fue gober-

3. Ibid. pgs. 281-282

DEMOCRACIA Y SOCIALISMO

nada por una coalición llamada de centro-izquierda. Mucho más tarde Bobbio describiría esta experiencia como "el momento más afortunado del desarrollo político italiano" de la posguerra⁴. Es posible preguntarse si, en el momento mismo, Bobbio realmente se entusiasmó por los gobiernos descoloridos y mediocres de aquellos años. Pero una cosa es cierta: en 1968 Bobbio ingresó por primera vez en el recién unificado Partido Socialista Unitario, una convergencia del Partido Socialista Italiano y del Partido Socialdemocrático Italiano que esperaba ampliar notablemente la influencia del socialismo reformista en la sociedad italiana.

Pero, en cambio, ¿qué ocurrió? Una erupción masiva en las universidades y las fábricas —el famoso 68 italiano— tumbó al centro-izquierda en pocos meses. Las clases medias italianas, aterrorizadas por la nueva militancia estudiantil y obrera, se desplazaron a la derecha, y la votación del PSU, en vez de aumentar, cayó clamorosamente. Todas las referencias de Bobbio al 68 están teñidas de reserva o de amargura. A nivel nacional, su cálculo político fue brutalmente arrastrado. Al mismo tiempo tuvo que enfrentar la turbulencia y el desorden de la revuelta estudiantil en su propio lugar de actividad profesional. Como la mayoría de los catedráticos de su edad, no gozó con la experiencia. En particular las asambleas universitarias parecen haberle chocado mucho, dejándole recuerdos desagradables —agraviados quizás por la militancia de su hijo Luigi Bobbio al frente de Lotta Continua— que pueden entreverse entre las líneas de la polémica que, en una fase subsiguiente de la política italiana, lo iba a convertir por primera vez en una figura central de los debates nacionales.

Esto ocurrió —sólo pudo ocurrir— después del

4. "Italy's Permanent Crisis", 1981.

reflujo de los grandes movimientos sociales de fines de los años sesenta y comienzos de los setenta. En 1974 el Partido Comunista Italiano se fijó como meta una convergencia estratégica con la democracia cristiana, el llamado "compromiso histórico". Veinte años después de su discusión con Togliatti, las predicciones de Bobbio se mostraban ahora plenamente confirmadas. Se había abierto un terreno político finalmente propicio para sus tesis sobre democracia y dictadura, liberalismo y marxismo. Bobbio aprovechó la oportunidad y en 1975 escribió dos ensayos claves en *Mondoperaio*, revista del Partido Socialista, el primero sobre la ausencia de teoría política en el marxismo, el segundo sobre la carencia de cualquier alternativa a la democracia representativa como mecanismo central de toda sociedad deseable, con una clara advertencia contra lo que él veía como los peligros del proceso político de esos días en Portugal⁵.

Las intervenciones de Bobbio despertaron esta vez un interés enorme en el público italiano, y muchos políticos e intelectuales respondieron a ellas, tanto del PSI como del PCI. Al fin de un extenso debate, un año después, Bobbio pudo felicitar-se por el consenso generalizado que creía percibir en torno a sus preocupaciones básicas. Anotó con cierta satisfacción que Pietro Nenni ahora lo citaba oficialmente desde la tribuna del 40 Congreso del Partido Socialista⁶. En 1978, fortalecido con este prestigio poco habitual, colaboró en la elaboración del nuevo programa del PSI, defendiéndolo contra quienes lo criticaron como muy poco marxista. Mil novecientos setenta y ocho fue también, sin embargo, el año del ascenso político de Bettino Craxi al vértice

5. "¿Esiste una dottrina marxista dello Stato?" y "¿Quali alternative alla Democrazia Rappresentativa?" (1975).

6. "Perchè democrazia" (1977).

DEMOCRACIA Y SOCIALISMO

del partido, inicialmente con la bandera de una renovación moral y política del socialismo italiano para colocarlo a la cabeza de un civilismo democrático y laico en el país. Al parecer, Bobbio compartió las esperanzas de una remodelación libertaria del PSI. La decepción no tardó en llegar. La evolución política del partido bajo la dirección de Craxi tomó un rumbo exactamente opuesto: se convirtió en una máquina autoritaria y cínica, más corrupta que nunca, pero ahora subordinada a un culto inaudito del dirigente. Bobbio fue uno de los primeros que criticó el surgimiento de lo que comúnmente se denominaba como un *Führerprinzip* social-democrático, decorado con una ideología "decisionista" inspirada en Carl Schmit. En los años 80 su posición ha vuelto a ser la de un francotirador más o menos independiente, ahora senador vitalicio nombrado por el Presidente de la República, especie de par honorífico, conciencia moral del orden político italiano.

Si éste ha sido el itinerario biográfico de Bobbio, ¿cómo definir su perfil intelectual? De la excelencia de su formación cultural no cabe duda. Filosóficamente, se enfrentó con la fenomenología de Husserl y Scheller antes de la guerra; con el existencialismo de Heidegger y Jaspers durante la guerra y con el positivismo lógico de Carnap y Ayer después de la guerra. Su conocimiento de la gran tradición del pensamiento político occidental no tiene equivalente en su propio país: desde Platón y Aristóteles, hasta Hobbes y Locke, Rousseau y Adison, Burke y Hegel, Mill y Tocqueville. Esta erudición impresionante tiene un límite: su maestría filológica se detiene más o menos en las fronteras del marxismo. Si conoce con cierta aproximación al joven Marx y algunos escritos de Kautsky y Lenin, esto es de manera mucho más superficial; y cuando por ejemplo habla de Gramsci cae en

errores sorprendentes. Es paradójico, sin embargo, que esta limitación pueda considerarse virtualmente una ventaja en el contexto de la cultura de la izquierda italiana, que hasta inicios de los años 80, cuando menos, es una cultura ahogada por su referencia demasiado exclusiva e interna al marxismo, que conducía a los abusos del "principio de autoridad" teórica tan criticado por Bobbio⁷. Su mochila de no marxismo, o de pre-marxismo, de la cual habló a Togliatti, lo salvó de eso, como también, para el caso, su temperamento tolerante, escéptico y democrático.

Pero la originalidad de Bobbio no se ubica en su cultura ni en su temperamento, sino en su específica posición en la intersección de tres tradiciones políticas. Por formación y convicción primordial, es un liberal. Ahora bien, el liberalismo ha sido siempre un fenómeno ambiguo y polimorfo, y esto en Italia más que en cualquier otra parte, donde el régimen oligárquico y manipulador de Giovanni Giolitti, con su fuerte dosis de violencia represiva y cooptación corrupta, se autodefinía como liberal antes de la primera guerra mundial; o donde la gran cabeza teórica del liberalismo económico de la misma época —Vilfredo Pareto— preconizaba cotidianamente el terror blanco para aplastar al movimiento obrero y barrer la democracia parlamentaria; o aun donde el mayor filósofo italiano Benedetto Croce, paladín de su propio liberalismo ético, en su momento pactó con Mussolini.

El liberalismo de Bobbio no tiene nada que ver con éstos. Es una doctrina de derechos cívicos y libertad individual de pura estirpe anglosajona, cuya fuente de inspiración principal viene de las obras de John Stuart

7. "¿Esiste una dottrina marxista dello Stato?"

Mill sobre *El gobierno representativo y La libertad*. Ahora bien, tal enfoque tiene en sí mismo poco de original en el siglo XX. Todo el interés del pensamiento de Bobbio proviene, sin embargo, del contacto —enfrentamiento, tal vez— de este liberalismo político clásico con otras dos tradiciones políticas. La primera fue el marxismo. Bobbio se definió tempranamente, como hemos visto, como hombre de izquierda. En la Italia de la posguerra esto impuso, ineludiblemente, un encuentro con la cultura comunista. De liberal, Bobbio se hizo socialista. Pero seguía siendo siempre un liberal **antes** de ser un socialista y también, si así puedo decirlo, **después** de serlo.

Este liberalismo de Bobbio no proviene de ninguna admiración especial por el mercado libre, sino de un compromiso profundo con el Estado constitucional. Es político, no económico. Aquí se delinea la gran diferencia entre su liberalismo y el de Raymond Aron, su coetáneo francés, que también se consideraba de izquierda en su juventud, pero que se desplazó rápidamente a la derecha más clásica después de la Liberación, convirtiéndose en uno de los ideólogos principales de la reacción atlántica y de la guerra fría.

Bobbio, en contraste, es como un Mill que hubiera conocido a Marx. Hoy, el interés central de su contribución al temario democrático es precisamente su conjugación de estas dos tradiciones, bajo la primacía del liberalismo. En este sentido se le podría comparar con otra figura europea de gran envergadura: Jürgen Habermas. La trayectoria del pensamiento político de Habermas representa más o menos la inversa del itinerario de Bobbio: partió de un marxismo original y descubrió más tarde la herencia ideal y política del liberalismo pragmático, no a través de Mill y Tocqueville, ya crítica-

dos por Habermas, sino de Dewey y la tradición pragmática estadounidense. Como es natural, la síntesis resulta muy diferente: algo mucho más vasto y sistemático que lo que da Bobbio, como puede esperarse de un pensamiento cuyos orígenes se encuentran en el marxismo.

Pero en la visión característica de Bobbio hay un tercer elemento que también lo separa de Habermas. Es la influencia del realismo político italiano que viene de Maquiavelo. Ahora bien, como él lo anota en más de una ocasión, el realismo ha sido históricamente, la mayoría de las veces, una tradición política **conservadora**, y su exponente máximo, Thomas Hobbes, fue el teórico de un poder absolutista. En Italia este realismo ha desembocado tradicionalmente en una cultura de la **pura política**, es decir, de la política concebida como juego de poder en sí mismo, como la veía esencialmente el propio Maquiavelo. Faltaba, en contraste, un verdadero sentido del **Estado** como complejo de instituciones, impersonal y objetivo (algo que la cultura castellana, digamos, siempre entendió muy bien, tal vez demasiado bien). Las razones de este déficit son bastante evidentes; la larga ausencia, y por lo tanto la duradera debilidad, del Estado nacional italiano.

En todo caso, lo original de la apropiación de la tradición realista italiana por parte de Bobbio se encuentra en su reorientación firme de aquella lejos de la política en sí —esos mecanismos intrínsecos de la conquista o la pérdida del poder que fascinaban tanto a Maquiavelo como a Mosca, e incluso a Gramsci— y hacia las cuestiones del **Estado**, que preocupaban tanto a Madison como a Hegel o a Tocqueville. El pensamiento de Bobbio es, pues, un liberalismo abierto simultáneamente a discursos socialistas y conservadores, revolucio-

DEMOCRACIA Y SOCIALISMO

narios y contrarrevolucionarios y en este aspecto, antitético a la piedad bien intencionada de su maestro Mill.

Pasemos ahora al contenido específico de los escritos políticos de Bobbio en los últimos treinta años. Su hilo conductor es una defensa de la democracia como tal, una democracia que define en términos de procedimientos y no sustantivamente. ¿Cuáles son los criterios de esta democracia bobbiana? Esencialmente cuatro: 1) sufragio adulto, igual y universal; 2) derechos cívicos que aseguran la expresión libre de opiniones y la organización libre de corrientes de opinión; 3) decisiones tomadas por mayoría numérica; 4) garantías de los derechos de las minorías contra cualquier abuso por parte de las mayorías.

Concebida así, insiste incansablemente Bobbio, la democracia es un **método**, la **forma** de una comunidad política, no su sustancia. Pero no por eso es menos trascendente como valor histórico. El marxismo, sostiene, siempre ha cometido el error fundamental de subestimar, en cuanto se preocupaba por **otra cuestión**; la de **quiénes** dominan en una sociedad, no la de **cómo** se realiza su dominio. Para Marx y Lenin, esta segunda cuestión —lo que Bobbio llama el problema de los **sujetos**, en vez de las instituciones, de poder— ha borrado totalmente la primera, hasta el punto de engendrar una confusión fatal entre la dictadura entendida como cualquier predominio de una parte o clase de la sociedad sobre otra, y la dictadura entendida como el ejercicio de la fuerza política eximida de la sujeción a toda ley, según la famosa definición de Lenin; es decir, como

orden social en un sentido muy genérico y como orden político en el sentido más estrecho.

Bobbio observa que existe una tradición premarxista que aceptó la necesidad de una dictadura revolucionaria para cambiar la sociedad, desde Babeuf a Buonarroti hasta Blanqui. Lo nuevo del marxismo fue transformar esta noción clásica de dictadura —en cuanto forma de gobierno a la vez **excepcional y transitoria**, según la entendían los romanos— en una regla universal y permanente de todo gobierno antes del advenimiento del propio comunismo, es decir de una sociedad sin clases. Contra esta transformación teórica, Bobbio subraya la importancia inconfundible del surgimiento de instituciones liberales —parlamento y derechos cívicos— dentro de una sociedad **con** clases, dominada, sí, por una capa capitalista, pero ejerciendo ésta su dominación dentro de un marco regulador que garantiza ciertas libertades básicas a todos los individuos, cualquiera sea la clase a la que pertenezcan. Esta democracia política configura, histórica y jurídicamente, un baluarte imprescindible contra los abusos del poder. Liberal en sus orígenes en el siglo pasado, sigue siendo liberal en su matriz institucional en este siglo: en efecto, “la única forma posible”, en sus palabras, es “la democracia liberal”⁸. Su función consiste en asegurar la **libertad negativa** de los ciudadanos con respecto a la prepotencia —posible o real— del Estado, la capacidad de aquéllos de hacer lo que quieran sin impedimentos externos de derecho o de hecho.

Los mecanismos de esta garantía son dobles y estructuralmente indisociables: por un lado los derechos

8. “Della libertà dei moderni comparata a quella dei posteri”, en *Politica e Cultura*, p. 178.

cívicos a nivel individual, por el otro un parlamento representativo a nivel nacional. El nexo entre ambos constituye lo que Bobbio llama el núcleo irreductible del Estado constitucional, sea cual fuere la forma precisa de sufragio en las sucesivas épocas de su existencia; como tal, conforma un **instrumento** que puede ser utilizado por cualquier clase social. Su origen histórico, pretende Bobbio, es tan irrelevante a su uso contemporáneo como lo es el origen de cualquier instrumento tecnológico, como el ferrocarril o el teléfono⁹. No hay razón alguna para que la clase obrera no pueda apropiárselo en su construcción del socialismo.

Por supuesto, Bobbio no tiene ninguna dificultad para demostrar el contraste entre este nexo institucional liberal y el estado de cosas en la Unión Soviética, es decir allí donde se autoproclamaba la existencia de una dictadura proletaria —para él, una dictadura *tout court*, encarnación de todo lo contrario de la democracia política—. Pero este contraste abarca sólo la mitad de su propuesta polémica. Porque es preciso también distinguir y defender a la democracia liberal contra otro enemigo o, por lo menos, otro modelo. ¿Cuál es el último?

La democracia liberal, para Bobbio, es **representativa o indirecta. La única alternativa formalmente concebible sería, por lo tanto, la democracia delegada o directa**. En la Italia de los años setenta había pocos defensores de la dictadura, supuestamente proletaria o de otro tipo. Pero no eran tan pocos quienes creían en la posibilidad y la superioridad de una democracia más directa que superara los límites del parlamentarismo vigente, una democracia más directa y tan inti-

9. "Democrazia e dittatura", en *Politica e Cultura*.

mamente conectada con un socialismo avanzado como lo estaba la democracia representativa con el capitalismo avanzado. Ellos son el verdadero blanco de las intervenciones de Bobbio entre 1975 y 1978. Su ataque central está dirigido contra lo que llama el "fetiche" de la democracia directa. No niega su larga estirpe desde la Antigüedad hasta Rousseau, antes de que fuera integrada por el materialismo histórico. Pero rechaza su validez o su aplicabilidad a las sociedades industriales de nuestros días.

¿Cuáles son sus argumentos al respecto? esencialmente tres. Primero, los referéndum, principal elemento de democracia directa en la actual Constitución italiana, pueden ser tolerables para consultas poco frecuentes de la opinión pública, cuando ésta es dividida en dos partes más o menos iguales sobre un problema grande y sencillo. Pero resultan totalmente inadecuados para el grueso del trabajo legislativo, que supera de lejos la capacidad del ciudadano para interesarse por las cosas públicas, por lo cual es imposible que pueda decidir cada día sobre una nueva ley, como lo hace el Parlamento italiano. Además, alega Bobbio, en los referéndum el electorado está atomizado, privado de sus guías o mediadores normales, los partidos políticos.

Segundo, las asambleas populares, tal como las concebía Rousseau, tampoco resultan factibles como mecanismos de democracia directa en las sociedades modernas: son técnicamente imposibles a nivel nacional debido a su tamaño, y fácilmente deformables a nivel local por demagogia y carisma, como lo mostró, en opinión de Bobbio, la triste experiencia de las asambleas del movimiento estudiantil en los años sesenta.

Tercero, los mandatos revocables —elemento axial

de la noción de democracia delegada en la tradición rousseauniana y marxista— son activamente nefastos, ya que históricamente son típicos de los despotismos autocráticos, en los cuales el tirano puede destituir en todo momento a sus funcionarios; mientras que su complemento positivo, el mandato imperativo, de hecho existe en el parlamentarismo moderno bajo la forma de la disciplina férrea de los partidos sobre los diputados, y como tal es más bien un punto débil, y por lo tanto lamentable, de la democracia en todo caso ya vigente.

Dicho lo anterior, y pese a sus críticas a todas sus formas particulares, Bobbio concede hipotéticamente un lugar a la democracia directa como —son sus palabras— “correctivo” o “complemento” de la democracia representativa, pero jamás como su superación o sustitución. Esta formulación del problema fue, como es sabido, consuetudinaria en la socialdemocracia alemana antes y después de la Primera Guerra Mundial y Bobbio, con perfecta conciencia del precedente, invoca en efecto a Kautsky como antecesor de su visión general del asunto.

Defensa de la democracia representativa, crítica de la democracia directa, rechazo de la dictadura revolucionaria: en sus líneas generales, hasta aquí los temas de Bobbio se podrían equiparar con la doctrina de cualquier liberal lúcido o leer como una adhesión más o menos incondicional al *status quo* occidental. ¿Donde comienza su inconformismo, para no hablar de socialismo? En su crítica de la democracia representativa que tenemos —a la que por otro lado elogia, como hemos visto¹⁰.

¿Cuáles son estas críticas? Aquí llegamos a los pun-

10. “*Quali alternative alla democrazia rappresentativa?*”.

tos verdaderamente neurálgicos del pensamiento bobbio, en los cuales se pueden ver las **tensiones** intelectuales que lo penetran y subyacen, y que le confieren todo su interés teórico y político. Pues, por un lado, Bobbio enumera una serie de procesos objetivos que, a su parecer, tienden a disminuir y socavar la democracia representativa tal como él mismo la postula; es decir, el esquema básico de un Estado liberal-constitucional basado en el sufragio adulto universal, el modelo que se generalizó en toda la zona del capitalismo avanzado después de la Segunda Guerra Mundial. ¿Cuáles son esos obstáculos crecientes a la plena vigencia de la democracia representativa? Primero, el tamaño y la complejidad propios de las sociedades industriales modernas, que vuelven impracticable el tipo de composición de voluntades individuales en una voluntad colectiva mayoritaria que postula la teoría democrático-liberal clásica. En su lugar emerge un conflicto de agrupamientos consolidados, cuyo juego pluralista —tanto a nivel político-partidario como a nivel socioeconómico— se resuelve en compromisos corporativos, vigilados por una disciplina interna imperativa, que acaba por abolir el principio mismo de la libre representación tal como lo entendieron Burke o Mill. Segundo, la entrada de las masas en el sistema político, con el advenimiento del sufragio universal, ha generado fatalmente en el Estado una burocracia hipertrofiada, resultado de presiones populares para crear aparatos de bienestar y seguridad social, que entonces se vuelven cada vez más monumentales e impermeables a cualquier control democrático. Tercero, el avance tecnológico de las economías occidentales vuelve cada día más compleja y especializada su coordinación y dirección gubernamentales; de ahí surge un abismo infranqueable entre las competencias —o mejor,

incompetencias— de la mayoría abrumadora de los ciudadanos en la materia, y las calificaciones de los únicos que saben algo de ello, los tecnócratas. Cuarto, los mismos ciudadanos se hunden cada día más en unas ignorancias y apatías cívicas inculcadas cuidadosamente por la industria cultural y la manipulación política, y evolucionan así exactamente hacia lo opuesto de los sujetos políticamente educados y activos que, para los teóricos del liberalismo, habrían debido ser la base humana de una democracia representativa en funciones. Quinto, la combinación de múltiples presiones corporativas, fardo intratable de burocracia, aislamiento de tecnócratas y masificación de la ciudadanía, constituye una “sobrecarga” de reivindicaciones entrecruzadas sobre el sistema político que sabotea su eficiencia para tomar decisiones y conduce a su creciente parálisis y desprestigio¹¹.

Esta es la primera vertiente de las críticas de Bobbio a nuestro actual sistema político. Las resume bajo el término de “las promesas incumplidas” de la democracia representativa. Es importante subrayar que para Bobbio todos estos procesos son implacables, transformaciones objetivas de nuestras condiciones de convivencia social de las cuales nadie puede escapar. Son, por decirlo así, fallas **necesarias** de la democracia establecida. Pero al mismo tiempo Bobbio plantea una serie de críticas de signo totalmente opuesto al mismo orden. En esta vertiente de sus escritos, su objeción a la democracia parlamentaria contemporánea no consiste en las promesas que no ha cumplido, sino en las que jamás ha formulado. Es decir, apunta la ausencia de democracia **fuera** de las instancias mismas legislativas. Aquí señala la naturaleza

11. “*Il futuro de la democrazia*” (1984).

autoritaria de los aparatos administrativos de todos los Estados occidentales, administraciones que típicamente preexistían al advenimiento de la democracia parlamentaria y que en buena parte continúan resistiéndola. Pero también subraya la carencia de democracia en todas las demás áreas de la vida social: fábricas, escuelas, ejércitos, iglesias o familias. Más aún, dice tajantemente: "también en una sociedad democrática el poder autocrático está mucho más difundido que el poder democrático"¹². Para poner remedio a estas estructuras autocráticas, preconiza una **democratización** de la vida social; es decir, la extensión de derechos de organización y decisión hoy restringidos al voto político, a las células básicas de la existencia cotidiana de la población —trabajo, cultura, hogar, defensa—, dondequiera que esta extensión sea realizable en los hechos. "El problema actual del desarrollo democrático", escribe, no puede ya referirse a «quién», sino a «donde» se vota"¹³. Y pregunta: ¿la democracia de los consejos no tenía precisamente este proyecto?

Ahora bien, es evidente la contradicción —o mejor, la incompatibilidad— de esta vertiente de la obra de Bobbio con la primera. Aquí insiste en fallas o límites **no necesarios** de la democracia representativa, por lo menos potencialmente superables a través de una extensión de los principios democráticos mismos. ¿Pero cómo podría ser pertinente tal crítica de un orden político que ya no logra realizar sus propios principios **dentro** de sus límites —y no por falta de voluntad subjetiva, sino debido a exigencias objetivas insoslayables?—. O bien la democracia representativa está destinada fatal-

12. "¿Quale socialismo?" (1976).

13. *Ibidem* (1976).

mente a una **contracción** de su sustancia, o bien está dispuesta virtualmente a la **extensión** de esa sustancia. Ambos términos no pueden ser verdad al mismo tiempo.

Aunque a veces se trata de suavizar la contradicción con fórmulas como: "pedimos cada vez más democracia en condiciones cada vez peores para obtenerla"¹⁴, Bobbio en realidad no parece consciente de su centralidad o radicalidad para el conjunto de su discurso. Jamás la antinomia fundamental de su teoría de la democracia se convierte en el enfoque directo de una reflexión sobre su significado. ¿Cómo explicarlo? Creo que es precisamente la resultante involuntaria de la posición de Bobbio en la intersección de las tres corrientes opuestas de pensamiento con que he comenzado.

En efecto, lo que sucede es que somete su ideal preferido —la democracia liberal— a dos tipos de crítica antagónicos: una conservadora, que en nombre de un realismo sociológico apunta todos los factores que tienden despiadadamente a vaciar el Estado representativo de su valor y vitalidad, convirtiéndolo cada vez más en una hermosa ilusión; y otra socialista, que en nombre de una concepción de la emancipación humana (no sólo o meramente política) proveniente del joven Marx, apunta a todas las áreas de poder autoritario en las sociedades capitalistas que el Estado representativo deja totalmente intactas, privándose así de las únicas bases sociales que lo convertirían en una verdadera soberanía popular. Bobbio acumula ambas concepciones sin poder sintetizarlas en una. En realidad, son inconciliables.

Si es así, podríamos suponer que el propio Bobbio no lograría mantener un equilibrio entre ambos términos: la tentación del realismo conservador y la solicita-

14. "Quali alternative alla democrazia rappresentativa?".

ción del radicalismo socialista. Para ver aquí el desenlace de su pensamiento, es preciso plantearle la pregunta que da título a una de sus intervenciones. ¿Cuál es, exactamente, el socialismo de Norberto Bobbio? A primera vista, la respuesta parece relativamente obvia: una socialdemocracia moderada. A veces se definió así. En todo caso, lo cierto es que hoy insiste categóricamente en un camino democrático al socialismo en Occidente, conservando íntegras todas —literalmente todas— las instituciones del orden liberal vigente en cualquier avance hacia el objetivo final. Su realismo histórico le prohíbe negar que por otros caminos ha sido derribado el capitalismo en otra época o en otros lugares: la democracia como método no es un valor suprahistórico y hay situaciones, concede, de emergencia o de revolución en las cuales no se aplica. Pero una vez establecida la democracia liberal, Bobbio excluye taxativamente desarrollos semejantes. Ahora bien, todos los países donde rige esta democracia son capitalistas. ¿Como entonces, dentro de este marco, llegar al socialismo?

Su lucidez y honestidad no permiten a Bobbio evadir u oscurecer la dificultad del problema. No da ninguna respuesta nítida o definitiva. Son muy evidentes aquí las vacilaciones de su pensamiento. Pero al fin de cuentas la conclusión hacia la que se inclina es inconfundible. Al evocar las dos únicas estrategias coherentes de un socialismo paulatino pero radical que tiene a su disposición: las reformas de estructura desde arriba, por un lado, y la ampliación de la participación democrática en las instancias sociales desde abajo, por el otro, manifiesta un escepticismo letal respecto de ambas. En lo que se refiere a las reformas de estructura, pregunta: "¿Hasta qué punto el sistema está dispuesto a aceptarlas?

¿Quién puede soslayar que existe un límite de tolerancia del sistema, más allá del cual se quiebra en lugar de doblarse? Si los que se sienten amenazados en sus intereses reaccionan con la violencia, ¿cómo no contestar también con la violencia?"¹⁵. En lo que toca a la democratización de la sociedad civil, declara: "Es lícita la sospecha de que una extensión progresiva de la base democrática de la sociedad encuentra una barrera insuperable —digo insuperable dentro del sistema— a las puertas de la fábrica"¹⁶.

Estas dudas, que efectivamente tienden a quitar todo fundamento al camino gradual y democrático hacia el socialismo, se duplican con dudas todavía más radicales sobre lo que podría ser el destino de la democracia **bajo** el socialismo, una vez alcanzada una sociedad sin clases. Dije que el liberalismo de Bobbio no es del tipo económico: nunca mostró un apego especial por el mercado. Pero, por la misma razón, tampoco mostró mucho interés por mecanismos económicos alternativos al mercado. El **capitalismo** como tal es para Bobbio poco más que un vago horizonte referencial: rechazado, sí, pero analizado, no. Por lo tanto, cuando imagina al socialismo, su cambio en la propiedad de los medios de producción no tiene ningún valor positivo en sí mismo. Al contrario, solamente configura el espectro de un Estado superpoderoso, ahora también dueño de la vida económica —viejo temor liberal, por supuesto—. El resultado es que Bobbio llega a predecir que la situación de la democracia será necesariamente **más** difícil y precaria en el socialismo que en el capitalismo¹⁷. Conclusión paradójica para un socialista democrático.

15. "¿Perché democrazia?" (1977)

16. *Ibidem*.

17. *Ibidem*.

Pero estas dos reflexiones —inviabilidad probable del camino democrático al socialismo, vulnerabilidad previsible de la democracia misma dentro del socialismo— iluminan la verdadera, no explícita opción de Bobbio. Entre liberalismo y socialismo, escoge el primero. A veces justifica su preferencia alegando que es en realidad la más radical. "La democracia", escribe, es una idea "mucho más subversiva, en cierto sentido, que el socialismo mismo"¹⁸. Pero esa pretensión es más táctica que sistemática. Su pensamiento auténtico se descubre en otra parte.

"De los problemas: ¿quién domina? y ¿cómo se domina?", declaró categóricamente Bobbio en 1975, "no cabe duda de que el segundo ha sido **siempre** más importante que el primero"¹⁹; es decir, no las clases dominantes, sino las formas de su dominación. Aquí se manifiesta, al nivel más fundamental de su pensamiento, su opción por el polo liberal. Por la misma razón, de las dos críticas de la democracia representativa presentes en sus escritos, es la conservadora y no la socialista la que tiene el peso final. Lo expresa con su vivacidad habitual, en un ensayo reciente, con esta frase: "Nada amenaza tanto con asesinar a la democracia como un exceso de ella"²⁰. Hermosa formula elitista.

Norberto Bobbio permanece como un pensador sinceramente —y admirablemente— progresista en sus simpatías e intenciones personales: un liberal ilustrado de gran envergadura. Pero lo que sus escritos muestran es la lógica de su problemática inicial y persistente, contraria a estas intenciones. El socialismo liberal se revela como un compuesto inestable. Sus dos elementos

18. "Quali alternative alla democrazia rappresentativa?".

19. "Esiste una dottrina marxista dello Stato?".

20. "Il futuro della democrazia".

DEMOCRACIA Y SOCIALISMO

terminan por separarse. Y en el mismo proceso, el liberalismo comienza a acercarse al conservadurismo. Tales son en general, quizás, las afinidades electivas, independientes de la voluntad de los afectados, del pensamiento político moderno.

Dictadura
y democracia
en América Latina

Dictadura
y democracia
en América Latina*

En primer lugar, tendré que pedir indulgencia, tanto por la forma como por la sustancia de esta charla, ya que, por un lado, hablo muy mal castellano y, por el otro, las conclusiones de la reflexión que voy a desarrollar me resultan muy desagradables.

Si hace diez años hubiéramos mirado el mapa político de América del Sur habríamos advertido la presencia de dictaduras militares en todos los países del continente, salvo en Venezuela y Colombia. Diez años más tarde, encontramos gobiernos civiles en todos los países, excepto en Chile y Paraguay; evidentemente, un cambio espectacular. Pero, ¿cuál es su significado histórico? Existe una vasta literatura al respecto y me parece que hay dos temas que han adquirido algo así como una fuerza consensual en la mayor parte de esta literatura. La primera tesis indicaría que los regímenes militares han dejado el poder, o han sido expulsados de la escena política, porque fracasaron. Después de sus crímenes y los disparates cometidos en el ejercicio del poder, las dictaduras pretonianas han caído en un profundo descrédito en la América del Sur. Segunda idea: la democracia que ha sobrevenido después de este decenio de dictaduras representa la victoria del nuevo conjunto de valores políticos en el Continente; son los valores de la concertación y el pluralismo, del respeto de las leyes,

* Conferencia pronunciada en la Carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires el 16 de Octubre de 1987.

configurándose así una nueva moderación y civilidad. Un gran economista político de los EE.UU., Albert Hirschman, ha teorizado al respecto diciendo más o menos que la democracia en América Latina, hoy, debe ser concebida no en términos de las condiciones socioeconómicas, sino de las actitudes políticas **con respecto** a la democracia (lo que él denomina "una renuncia a las certezas") tanto sobre la convicción ideológica como sobre su viabilidad política.

También puede observarse una postura no tan distante en la propia izquierda latinoamericana, sintetizada tal vez en el famoso lema de Norberto Lechner ("de la revolución a la democracia") o, quizás, en el título del mexicano Enrique Krause: "Democracia sin adjetivos".

Hoy me propongo desarrollar una reflexión algo crítica respecto de estas dos concepciones tan difundidas; vale decir, la dictadura concebida como fracaso y la democracia concebida como un conjunto de normas y discursos. Y quiero comenzar sugiriendo un enfoque un poco heterodoxo, para averiguar los orígenes de las dictaduras militares en sí mismas, un enfoque que pueda ayudarnos a entender sus desenlaces. Ahora, si consideramos la época que va más o menos desde la caída de Allende hasta la guerra de las Malvinas, podemos observar una paradoja en términos de la literatura más antigua sobre la democracia, una literatura que — en contraste con la posición de Hirschman — subraya las condiciones socioeconómicas para el establecimiento de una democracia. De acuerdo con los criterios de esta literatura, uno esperaría que, allí donde el desarrollo capitalista fuera más avanzado (en términos de grado de acumulación, implantación de industrias modernas, tasas de urbanización, niveles de alfabetismo, tradiciones culturales, etc.), encontraríamos regímenes políticos más re-

presentativos, es decir democracias presidenciales o constitucionales con libertades cívicas y pluralidad de partidos, mientras que allí donde hay sociedades más atrasadas socialmente, con menos preparación cultural y una industrialización más débil o más reciente, probablemente encontraríamos, por el contrario, regímenes más rudimentarios o represivos, tiranías policíacas o militares. Esta perspectiva es plausible en sí misma si uno piensa desde la perspectiva del capitalismo metropolitano, donde (por ejemplo, en los catorce o quince países de la Organización para el Desarrollo y Cooperación Económica Europea —OCDE—), hay una correlación altísima entre el grado de desarrollo económico y la estabilidad de la democracia participativa.

Sin embargo, en América del Sur, entre 1973 y 1982, esta correlación aparece invertida. En esta región, las dictaduras más sangrientas y represivas se concentraron en las sociedades social y económicamente más desarrolladas del continente, esto es en Chile, Argentina, Uruguay y Brasil, mientras que las democracias más o menos precarias que se podrían encontrar se localizaban en sociedades **menos** avanzadas en su parque industrial o configuración, esto es, inicialmente, sólo en Venezuela y Colombia. Después fue en Ecuador y Perú que se inició la paulatina evolución hacia una democratización del dominio militar a fines de la década del 70.

Mi primera pregunta es la siguiente: ¿Como podría explicarse esta disociación y recombinación sorprendente de desarrollo socioeconómico y libertad política en América del Sur? Se trata de un problema obviamente complejo cuya causalidad debe ser sobre-determinada y voy a sugerir solamente un hilo conductor heurístico que, seguramente, tendrá que ser afinado y enriquecido ulteriormente. La hipótesis que deseo sugerir es que la

clave para comprender la paradoja cartográfica de la década del 70 tal vez se encuentre en la correlación de dos fuerzas sociales básicas en esta sociedad. Es decir, por un lado, la clase terrateniente, el capital agrario en el campo, y, por el otro, la clase obrera o la mano de obra en las ciudades.

Subrayo la heterodoxia de este enfoque porque la relación entre estas dos clases es —por decirlo así— diagonal. No es la relación —más lógica— entre capital agrario y trabajo agrario, o, por otro lado, entre el capital industrial y trabajo industrial. No niego la importancia de estos otros ejes, pero el que he indicado me parece más crucial para estos años.

Permítanme ahora explicar qué fue lo que inicialmente me incitó a adoptar esta perspectiva: fue una meditación —en 1980— sobre el enigma de la democracia venezolana. En aquel momento, Venezuela era el país menos típico del continente, se podría decir. He mencionado Venezuela entre otros países andinos, cuando en realidad constituye un caso único en muchos sentidos, pues en Venezuela —y sólo allí— se dio el caso de una democracia representativa plenamente estabilizada, es decir con treinta años de alternancia regular de partidos competitivos en el poder, basada en el sufragio universal efectivo y en una participación electoral masiva. Esta experiencia fue mucho más larga, claro, que la democracia en Perú o Ecuador, y mucho más profunda que en Colombia, donde —en la década del 70— los niveles de votación no superaron en mucho el 30 o 40%. En Venezuela, en cambio, un 80% de la población acude a las urnas y los dos grandes partidos, Acción Democrática y COPEI —que responden respectivamente a una orientación social-democrática y social-cristiana— cuentan cada uno con más de un millón de afiliados,

DEMOCRACIA Y SOCIALISMO

en una población de no más de 14 millones, es decir que representa niveles de implantación y organización partidaria comparables a los que exhibe la social-democracia alemana o la democracia cristiana italiana actual. Ahora, ¿cómo se explica este éxito político inhabitual de la democracia participativa en Venezuela? Hay una respuesta muy convencional: la riqueza petrolera. La idea más difundida —incluso en Venezuela— es que la riqueza petrolera ha posibilitado una incorporación pacífica de las masas a las instituciones políticas, masas que —en otra parte y otras condiciones— habrían sido demasiado peligrosas; es decir, el esquema general es la idea de que el petróleo ha permitido una especie de captación de sectores populares. Sin embargo, si bien es evidente que la renta petrolera ha sido una condición necesaria de la democracia venezolana, no es del todo claro que haya sido una condición suficiente. Es necesario no exagerar o aislar este factor, ya que, evidentemente, hay otras sociedades con niveles aún mayores de renta petrolera que no muestran empero la más mínima propensión al establecimiento de una democracia representativa —como, por ejemplo, Kuwait o Libia— aunque sí han manifestado una cierta capacidad para redistribuir efectivamente la renta petrolera.

Por otro lado, el 20% de la población venezolana más pobre no recibe más que el 3% del ingreso nacional, aproximadamente, porcentaje éste que no ha evolucionado mucho en los últimos veinte años. En muchos sentidos, Venezuela constituye hoy en día una sociedad más cercana al modelo de una sociedad subdesarrollada tropical, que al que han adoptado las que pueblan la cuenca del Río de la Plata. ¿Cómo ha logrado, entonces, una democracia tan estable?

La respuesta que voy a sugerir se divide en dos

partes. El primer factor de este éxito ha sido, creo, la debilidad de la clase terrateniente tradicional de Venezuela. En casi toda América Latina, los hacendados han sido tradicionalmente el baluarte del conservadurismo político. Pero en Venezuela, por una serie de razones históricas (la élite colonial fue diezmada por las luchas de la independencia, guerras civiles y disturbios sociales —de efectos devastadores— a mediados del siglo XIX, un patrón muy discontinuo de la base física del cultivo del cacao y café y la cría de ganado, una tiranía muy regionalista y personalista de Juan Vicente Gómez en los albores del siglo XX —perjudicial para cualquier dominio colectivo de clase— y también, sobre todo, el auge petrolero de las décadas del 20 y del 30, que coincidió con la gran depresión), el rol de la tierra como fuente de capital e inversión fue marginalizado. De ahí que la consecuencia acumulativa de los factores apuntados haya provocado la ausencia en Venezuela de una oligarquía terrateniente en lo que va del siglo.

Pero hay una segunda parte en la solución del enigma, y es la debilidad simétrica, también, de la clase obrera. El núcleo histórico de la clase obrera venezolana ha sido el proletariado petrolero del lago de Maracaibo, que ha jugado un papel muy importante en el derrocamiento de los regímenes militares que sucedieron a la tiranía de Gómez. Pero este proletariado constituye un grupo numéricamente muy limitado en una industria sumamente capitalizada. En los años 70, alrededor del 75% de los ingresos del Estado (y un 90% de las exportaciones) eran generados por un 3% de la mano de obra venezolana. La consecuencia sociológica ha sido la ausencia de cualquier concentración masiva de obreros en esta industria, si bien sus salarios son relativamente altos y la industria ha permitido el crecimiento de sec-

DEMOCRACIA Y SOCIALISMO

tores de servicios vastísimos alrededor de su núcleo, generando así capas muy amplias de empleados y profesionales. Venezuela presenta por lo tanto una sociedad con una urbanización muy rápida —el 80% de sus habitantes vive actualmente en las ciudades— y carece de una sindicalización poderosa; el sector petrolero es numéricamente ínfimo, pero económicamente muy privilegiado.

Esta situación contrasta marcadamente con los principales sectores exportadores de otros países del continente —Bolivia, Argentina, Uruguay, Chile— cuyas clases obreras poseen grados de concentración cuantitativa, combatividad y conciencia de clase, de lo que carecen básicamente en Venezuela. Como dato significativo, los sondeos de opinión demuestran que solamente un 4% de la población venezolana se auto-describe como "obrero", un 6% como "clase baja", un 25% como "pobre" y alrededor de un 57% como "clase media". Por lo tanto, las clases trabajadoras —en este sentido, la clase obrera— constituye una presencia modesta y pacata en la vida nacional, integrada corporativamente en la maquinaria del partido "Acción Democrática" aunque con un rol muy pasivo dentro del Partido, liderado esencialmente por cuadros de la clase media.

Sintetizando estas reflexiones, es la falta de una clase hacendada fuerte lo que determina la ausencia de una oligarquía agraria clásica, lo cual, junto con la carencia de una clase obrera fuerte, determinó la ausencia de un movimiento sindical poderoso que —no digamos socialista— ha sido la fórmula sociológica para la estabilización de la democracia burguesa, basada esencialmente en las clases medias que existen entre ambas.

Miremos ahora hacia el Cono Sur. Allí encontramos las peores dictaduras de la década del 70, aunque histó-

ricamente en esas regiones se hayan dado las sociedades más avanzadas del continente. ¿Cómo explicar esa configuración? Mi hipótesis es la siguiente: la clave para entenderla es una correlación de fuerzas sociales básicas, diametralmente opuestas a la venezolana, es decir una combinación de clases terratenientes tradicionalmente fuertes, con movimiento obrero tradicionalmente fuerte también. Claro que los tres casos no pueden ser automáticamente asimilados, pero hay rasgos comunes en ese sentido. Es decir, la fuente principal de riqueza nacional —la acumulación de capital— en Argentina y Uruguay ha sido siempre agraria y en ambos casos se fueron aglutinando sucesivas empresas financieras y actividades industriales alrededor de un núcleo original de capital agropecuario.

Las inversiones rurales irían diversificándose y amalgamándose en las diversas inversiones de empresarios urbanos e industriales propios. El sector bancario es el puente normal entre ambos tipos de inversión, capitalizando fortunas agrarias en operaciones de intermediación y especulación. Todo este proceso ocurrió durante una época de urbanización masiva y ascenso de una clase media numerosa y muy activa. Sin embargo, aún después de la Segunda Guerra Mundial, grupos terratenientes de gran tradición, tenaces y poderosos, siguieron ejerciendo una muy importante influencia en el bloque de poder de cada sociedad. Hay varias razones, tanto materiales como culturales, para esto, pero el factor más importante fue el peso absolutamente dominante en el paquete de las exportaciones argentinas y uruguayas del eje de la agricultura. La carne y el trigo han seguido siendo las mercancías dominantes.

Chile es distinto, porque allá el cobre ha sido el principal producto exportador, inicialmente controlado

DEMOCRACIA Y SOCIALISMO

por el capital extranjero y luego por el Estado. Y allí también la reforma agraria de la democracia cristiana disminuyó notablemente el peso del gran propietario rural en el bloque dominante. En este sentido, las exportaciones chilenas han sido mucho más diversificadas, pero, aún así, es significativo que el modelo económico del régimen de Pinochet haya dado tanta importancia a la reconversión precisamente de una agricultura exportadora. El principal —casi el único— éxito entre 1976 y 1980 ha sido la promoción de la fruta, legumbres, vinos, etc., generada por un *agro business* modernizado chileno.

Al mismo tiempo el capital agrario en estos tres países también enfrentaba tradicionalmente movimientos obreros poderosos, organizaciones sindicales o partidarias, como el peronismo en la Argentina, los partidos socialista y comunista en Chile y más tarde la CNT en el Uruguay, instalados en los sectores clave de la economía, transportes, operaciones portuarias e industrias de transformación, en frigoríficos o en la minería. En estos tres casos las clases obreras en cuestión han mostrado históricamente altos grados de combatividad, conciencia, concentración y organización colectiva.

Ahora bien, esta fórmula de la democracia venezolana no niega la presencia de clases medias importantísimas en el Cono Sur, también históricamente muy significativas en el pasado (pienso en el radicalismo, en el batllismo y en la democracia cristiana, en su tiempo, en Chile). Sólo sugiero que después de la coexistencia, el enfrentamiento entre estas dos fuerzas fundamentales —terratenientes y obreros— ha sido estructuralmente decisivo para el advenimiento de las dictaduras militares.

Pasemos primero al caso del Brasil. Allá también, el sector exportador —después de la Segunda Guerra

Mundial— seguía dominado por la agricultura (en 1945, el café representaba el 60% de las exportaciones, y en 1960 todavía estaba en alrededor del 40%). Sin embargo, en Brasil el mercado interno fue siempre mucho mayor y el capital industrial mucho más central para la economía en su conjunto que en el Cono sur.

Este capital industrial brasileño tuvo sus orígenes en la riqueza de las plantaciones, pero, hacia la década del 50, era mucho más autónomo de sus orígenes agrarios que en cualquier otro país. En este sentido, el peso del capital agrario en la sociedad brasileña, en términos estrictamente económicos, fue mucho menor que en Argentina o en Uruguay, por ejemplo. Pero, en compensación, se produjo en Brasil un fenómeno que no se dio en el mismo grado en el Río de la Plata: un electorado político cautivo —en el nordeste del país— de los terratenientes tradicionales de regiones de producción rural en decadencia. Este rasgo de caciquismo rural contribuyó a estabilizar el orden constitucional después de la Segunda Guerra Mundial, contrariamente a lo que ocurrió con la agricultura extensiva argentina y uruguaya, con muy poca mano de obra y donde, a mediados del siglo XX los terratenientes carecían de correas de transmisión con el electorado popular.

El predominio de la actividad exportadora en el sudeste del país, junto con el control electoral en la región del noreste, constituyeron en Brasil una variante más compleja de lo que puede ser todavía definido como un frente agrario. Por otro lado, la clase obrera brasileña era mucho más débil que sus equivalentes en el Cono Sur después de 1945. El Partido Comunista, inicialmente muy dinámico, sufrió una represión bastante efectiva en los dos primeros años después de la guerra. En ningún momento hubo un partido socialista

DEMOCRACIA Y SOCIALISMO

de masas, y el getulismo —tanto en los sindicatos como en el Partido Trabalhista— fue siempre un pálido reflejo del peronismo y mucho más frágil como legado organizativo e ideológico.

Sin embargo, precisamente debido a que el crecimiento industrial brasileño fue tanto más rápido que en los demás países, el proletariado industrial incrementó su tamaño e importancia estructural a un ritmo superior al de sus equivalentes en el Cono Sur a partir de la década del 50. Por lo tanto, también allí su potencial político estaba creciendo, mostrando una clase, un grado de militancia y eficacia cada vez mayor a partir del segundo período presidencial de Vargas. La clase obrera brasileña, que no había sido históricamente fuerte, se fortaleció rápidamente en esos años.

En resumen, el carácter de las dos clases, las dos fuerzas sociales básicas, fue en el Brasil relativamente diferente, aunque dentro de parámetros semejantes, conduciendo en este caso a una dictadura que también sería algo distinta.

Para completar el cuadro, mencionaré brevemente las otros dos combinaciones posibles para mostrar la lógica de mi exposición, implicadas en mi hipótesis inicial. Ya hemos visto la combinación de terratenientes débiles y obreros débiles —que es la fórmula de la democracia venezolana— y la de terratenientes fuertes y movimientos obreros fuertes, que es la formación que desencadenó las recientes dictaduras militares en el Cono Sur y en Brasil. ¿Que sucedería si se diera una clase terrateniente fuerte con un movimiento obrero débil? Yo diría que esa sería la fórmula de una democracia restringida, o sea el caso aproximado de Colombia, donde dos partidos oligárquicos —los liberales y los conservadores— coexisten desde el siglo XIX en una

continuidad absolutamente única en América Latina. Ellos enfrentan un movimiento sindical muy pequeño, muy dividido, y una izquierda política también muy marginal. El resultado fue la cohabitación excluyente de liberales y conservadores monopolizando el poder y dejando muy poca libertad de elección y selección a un electorado con bajísimas tasas de participación, pero, al mismo tiempo, con ciertas libertades cívicas y elecciones no fraudulentas en las décadas del 70 y del 80.

Finalmente, queda un caso lógicamente opuesto al precedente. Es el caso de Bolivia, donde durante ese período existió el movimiento obrero-históricamente más fuerte de todo el continente, basado en las minas de estaño; una clase que había hecho la revolución del '52 y casi destruido el ejército boliviano; una clase en un estado de insurgencia constante en los años siguientes. Al mismo tiempo durante unos veinte años, Bolivia tuvo la clase terrateniente más débil del continente, después de la reforma agraria del MNR. Eventualmente, hubo una reconstrucción del sector de las plantaciones de azúcar y algodón en el este del país, pero hasta la actualidad se puede decir que la correlación muy específica de fuerzas en Bolivia ha generado una suerte de volcán político permanente, en la medida en que el ejército boliviano, un aparato militar sin base social orgánica, trataba de contener una dinámica laboral que constantemente amenazaba transgredir los límites del modo de producción capitalista. Por lo tanto, las dictaduras militares resultantes han sido de un tipo muy esporádico e inestable, que difiere considerablemente del tipo de dictadura militar que se dio en el Cono Sur, así como del tipo colombiano de democracia restringida.

Claro que esta hipótesis es muy esquemática. No he analizado el capital industrial ni el financiero, a pesar

de su innegable gravitación específica; tampoco he mencionado el campesinado, factor fundamental en el fracaso, en la no realización de una revolución social en Bolivia después de 1952; no he mencionado, tampoco, la pequeña burguesía ni el sub-proletariado. Todas estas clases deberían ser estudiadas en su especificidad para llegar a lo que Marx llama "la multiplicidad de lo concreto", pero el conocimiento científico siempre avanza a través de abstracciones simplificadoras en su movimiento hacia lo concreto. Sólo me propongo afirmar que probablemente se requiera algún tipo de análisis comparativo de clase para entender el mapa diferencial de los regímenes políticos de América del Sur. Mi conclusión —provisoria— es incómoda: todo pasa, diríamos, como si las condiciones claves para la democracia en estos años exigieran un movimiento obrero débil.

Venezuela y Colombia constituyen variantes de este modelo: una democracia plena o una democracia restringida. Claro que esta conclusión es exactamente lo opuesto de la sabiduría convencional de la izquierda, por ejemplo en Europa, donde suele presentarse a la democracia representativa como una conquista del movimiento obrero.

Permítanme pasar ahora a la segunda pregunta: ¿Cuál ha sido, no la fórmula sociológica que originó las dictaduras militares de la década del 70, sino su proyecto histórico y su realización (sus efectos, sus resultados) histórica. Porque, claro, en el pasado latinoamericano ha habido muchas juntas, muchos generales, en el poder. Pero en la década del 70 había una sensación muy difundida y —creo— justificada de que los regímenes de esta década representaban algo nuevo. Pero, ¿cuáles han sido efectivamente los rasgos "nuevos" del dominio pretoriano? Considero que, para entenderlos, es necesario con-

siderar con mayor detenimiento la coyuntura económica y política de los años 60 y 70.

Hasta ahora he hablado de estructuras sociales de manera completamente abstracta, fuera del tiempo. Pero en la realidad tales estructuras jamás existen como hechos estáticos y aislados. Su significado y su constelación están siempre sujetos a la evolución del tiempo histórico. ¿Qué ha sido, exactamente, lo que ha precipitado las nuevas dictaduras militares sobre la base de la correlación de clases que he descrito? Esencialmente, a mi parecer, lo que denominaré "la inflexión populista".

Los orígenes del populismo latinoamericanos son bien conocidos: una vez que comienza a desarrollarse un cierto grado de industrialización —por muy modesta que esta sea al principio— bajo la corteza oligárquica tradicional empiezan a originarse presiones populares urbanas. Pero, así como el liberalismo latinoamericano del siglo pasado difería del liberalismo europeo en su carencia de un parlamentarismo censitario auténtico, el impulso populista para ampliar el marco del Estado en el siglo XX tampoco logró desembocar rápidamente en una democracia representativa genuina del tipo que siguió el orden liberal del siglo pasado en Europa. Más bien, el resultado generalizado a partir de la depresión ha sido el establecimiento de regímenes populistas que desviaron las formas parlamentarias hacia las dictaduras plebiscitarias. Los casos más famosos son, claro, los de Vargas y Perón. Estos fueron regímenes que promovieron reformas materiales elementales para las masas urbanas, buscando acelerar al mismo tiempo el desarrollo económico nacional, sobre todo en la industria, sin asegurar las libertades cívicas en una vida constitucional efectiva. El populismo, por decirlo así, negó principios

liberales sin afirmar principios democráticos. Sin embargo, este populismo ha dotado típicamente a los sectores laborales de América Latina de una nueva identidad y memoria política que, como hemos podido comprobar, resultó muy duradera y, frecuentemente, capaz de generar mayorías electorales, a pesar de haber menospreciado a las instituciones parlamentarias cada vez que se celebraron elecciones libres, como ocurrió en la Argentina después de la década del 50.

Ahora bien, es importante subrayar que la mayoría de estos regímenes populistas tuvieron un origen o un contexto militar, si pensamos en la figura de Perón aquí, Vargas y los generales del *Estado Novo* en Brasil, y el propio MNR en Bolivia, con sus coroneles Toro y Busch en los años 40. Las fuerzas armadas han sido los padres —o los padrinos, se puede decir— del populismo latinoamericano en sus comienzos. Pero, a medida que el proceso populista se iba desarrollando y ganaba en autonomía, crecía la inquietud de sus promotores originales, y ello por dos razones: por un lado, la fuerza de las masas organizadas por el populismo adquiría cada vez mayor peso con el avance de la industrialización y, por el otro lado —y al mismo tiempo— las presiones distribucionistas sobre los modelos de acumulación de capital local iban incrementándose, conduciendo eventualmente a una inflación galopante sin precedentes, en tanto las políticas de sustitución de importaciones en particular habían agotado su potencial previo. El resultado fue un nivel de desorden y tensión económica cada vez más intolerable para todas las clases sociales: hiperinflación en Argentina y Brasil, estancamiento en Uruguay y Chile.

Pero más o menos en el mismo momento en que

se entraba en ese atolladero económico —a comienzos de la década del 60— se produce una radicalización política de los elementos más activos de las antiguas coaliciones populistas, una radicalización hacia algo también totalmente nuevo, o sea un socialismo revolucionario incipiente. Aquí es imposible subestimar el impacto de la revolución cubana en la región, que transformó las coordenadas de la política latinoamericana de la década del 60 tan profundamente como la revolución rusa lo había hecho con la política europea en la década del 20. Paradójicamente, dos rasgos del populismo contribuyeron a esta evolución: primero, su falta total de una ideología precisa, lo amorfo del populismo, su ausencia de fronteras doctrinarias nítidas, que siempre lo dejan proclive a transvaloraciones subjetivamente socialistas; en segundo lugar, su falta de respeto por las instituciones parlamentarias de una democracia capitalista; esto también debe haberlo expuesto a una transvaloración de tipo revolucionario. Aquí hay un contraste muy marcado entre el populismo latinoamericano y la social-democracia de Europa Occidental.

Claro que el impacto de la revolución cubana no se circunscribió al populismo en estos años, sino que también se hizo sentir muy rápidamente en el área del comunismo del continente y, también, del socialismo de la izquierda. En el plano político, el resultado fue la emergencia, aquí en Argentina, digamos, del ala montonera del peronismo, de los tupamaros, provenientes del antiguo Partido Socialista, en Uruguay, la radicalización del Partido Socialista y la emergencia del MIR en Chile, el rápido crecimiento del Partido Comunista dentro del sindicalismo brasileño y también un deslizamiento del trabalhismo hacia la izquierda, si se piensa en la secuencia de Vargas-Goulart-Brizola.

Este es el proceso que he denominado **la inflexión populista** hacia algo mucho más radical. Pero también es necesario subrayar que esta inflexión no comportaba solamente una radicalización ideológica, vale decir, un grado superior de combatividad de las masas populares del continente, expresado en su tiempo en el Cordobazo, en Argentina, la victoria de la Unidad Popular en Chile, la formación tardía de la CGT en el Uruguay, junto con la emergencia del Frente Amplio y, en Brasil, la aparición también tardía de la Confederación Nacional de Trabajadores en los años 60. En otras palabras, una dinámica inesperada y ominosa se desarrollaba en el continente que ahora amenazaba a las clases poseedoras de estos países con —al menos a sus ojos— el colapso económico y la expropiación social.

Tal fue, creo, el contexto de las intervenciones militares violentas en Brasil, Uruguay, Argentina y Chile, en las décadas del 60 y del 70. ¿Cuál fue su significado? Todas ellas fueron contrarrevoluciones preventivas cuya misión primordial fue la de decapitar y eliminar a una izquierda que no se resignaba al modo de producción capitalista, sino que apuntaba directamente a un socialismo que lo trascendía.

Su función esencial, primordial, fue, pues, la de traumatizar a la sociedad civil en su conjunto con una dosis de terror suficiente para asegurarse de que no habría ninguna tentación ulterior de reincidir en desafíos revolucionarios contra el orden social vigente; para romper cualquier aspiración o idea de un cambio social cualitativo desde abajo; para eliminar permanentemente, en suma, el socialismo de la agenda política nacional.

Al mismo tiempo, su vocación secundaria fue la de restaurar las condiciones de una acumulación viable, disciplinando la mano de obra con represión, bajos sa-

larios y deflación, promoviendo al mismo tiempo la capacidad exportadora y asegurando nuevos niveles de inversión externa, para que pudiera desarrollarse el crecimiento sin interrupciones redistributivas o escasez de capitales: ésa fue la idea.

El programa económico de las dictaduras, su intento económico, fue detener el populismo y eliminarlo, en la medida de lo posible, de la agenda política en sus formas mayoritarias pre-socialistas.

Ahora bien, si tal ha sido el contexto coyuntural y la misión histórica de las dictaduras militares, ¿en qué consiste, entonces, su novedad histórica? Porque, como ya he dicho, han existido muchísimos regímenes pretorianos represivos y dictadores militares en el pasado del continente. ¿Cuál ha sido la diferencia en estos casos? Básicamente, diría —y paradójicamente— la novedad consiste en que éstos regímenes programaron una reintroducción de una democracia capitalista controlada, al fin de su obra de "reconstrucción".

Los tipos anteriores de regímenes militares en esta área fueron básicamente dos: las autocracias patrimoniales del tipo de Trujillo o de Stroessner, es decir gobiernos de caudillos de origen militar en sociedades muy atrasadas donde la vida política popular todavía no había realmente emergido y el concepto de democracia ni siquiera figuraba en la agenda política nacional, y los regímenes populistas militares de los años 30 y 40, regímenes —es importante subrayarlo— franca y cándidamente anti-democráticos, a menudo muy atraídos por el fascismo europeo.

Ahora bien, ninguna de éstas dos opciones —particularmente la segunda— estuvo disponible para los generales de los años 60 y 70 porque, después de la Segunda Guerra Mundial, la coyuntura internacional era

DEMOCRACIA Y SOCIALISMO

distinta. El fascismo ahora estaba desacreditado en el mundo metropolitano, su modelo ya no podía admitirse ni aceptarse como lo había sido en Bolivia y Argentina en los años 40. Para el capitalismo avanzado, que ahora se auto-legitimaba contra el socialismo y el comunismo, precisamente en cuanto a orden democrático; desde los años 50 en adelante el lema organizador fue la noción de mundo libre y ya no tanto la de empresa privada.

En tercer lugar los militares latinoamericanos, luchando —según lo entendían— contra el comunismo y el socialismo en sus propios países, no podían evitar una cierta identificación ideológica con su protector norteamericano. Las buenas relaciones con Washington, dentro de ciertos límites, han sido una exigencia objetiva para ellos, desde la época de Kennedy en adelante.

En cuarto lugar, había también en el oficialato sudamericano una cierta agresión, confusa y subjetiva, respecto de sus ideas sobre lo que debería ser un orden democrático. Aquí debemos recordar siempre la dependencia cultural ideológica tradicional de las élites latinoamericanas, pues —como ya hemos visto— el fascismo estaba de moda en la época del joven Perón; la democracia era casi obligatoria en los años de Kennedy, Johnson o Nixon. De allí que el proyecto a largo plazo de los nuevos regímenes consistiera no solamente en golpear y eliminar el peligro político de la socialización, sino además en transformar las estructuras socioeconómicas de sus países, para que una democracia capitalista estabilizada y controlada pudiera —al fin de cuentas— provenir de ellos. Aquí los generales contaban ya con un modelo ilustre en España: los orígenes de la dictadura franquista, en el levantamiento del 36, fueron de una sorprendente similitud, aunque más dramáticos; es decir una contrarrevolución preventiva para aplastar un movi-

miento popular que se negaba a resignarse al orden social entonces imperante en España y que, tumultuosamente, amenazaba al orden capitalista español. A esto siguió una contrarrevolución que ha traumatizado a la sociedad civil en su conjunto, con una escalada masiva de matanzas durante la propia guerra civil y masacres sin freno después de ella.

Pero, en una segunda etapa, esta contrarrevolución procedió a promover una industrialización y modernización muy rápida del país, con la creación de nuevas clases medias y una nueva clase obrera. Después podría establecerse una democracia parlamentaria pacífica y más o menos dócil, como resultante de esta experiencia.

Es interesante comparar, a este respecto, la España de Largo Caballero con la España de Felipe González, cincuenta años más tarde. Hoy en día, el mismo partido —el PSOE— ni siquiera pretende la implantación de una república (para no hablar del socialismo...) y exhibe la tasa más alta de desempleo de toda Europa occidental. Lo que esto representa, creo, es la victoria histórica profunda de la llamada Cruzada Nacionalista en la Guerra Civil que, al fin de cuentas, ha transformado a sus antiguos adversarios en sus agentes póstumos.

El efecto de la dictadura franquista fue entonces el de demorar y domesticar la entrada en el orden político de lo que alguna vez habían sido las clases peligrosas.

Básicamente, las dictaduras latinoamericanas se propusieron reiterar este tipo de experiencias, y con la misma combinación de medidas: traumatización subjetiva y transformación objetiva de la sociedad.

La gran diferencia entre estos dos tipos de experiencias fue que el régimen de Franco pudo evolucionar muy despacio, a un ritmo muy lento, desde su entrada fascista hasta su salida parlamentaria; a un ritmo que

DEMOCRACIA Y SOCIALISMO

permitió su adaptación paulatina, a lo largo de cuarenta años, a los imperativos cambiantes del capitalismo internacional. Los generales sudamericanos vinieron más tarde y tuvieron desde el comienzo más conciencia de sus métodos que Franco, si bien no de manera uniforme. De ellos, los brasileños fueron los más lúcidos y coherentes, pues proclamaron desde un comienzo la restauración democrática —en el doble sentido de la expresión— como su objetivo final. Desde los primeros días del golpe, en 1964, siempre dijeron “nuestro objetivo es restaurar la democracia” y, desde allí controlaron todo el proceso mejor que los otros. Los generales uruguayos en cambio, fueron siempre más confusos e inciertos en su orientación, aunque tampoco se apartaron nunca de la meta de un constitucionalismo controlado y depurado después.

La Junta, o Juntas, argentinas siempre fueron, claro, las más renuentes al establecimiento de cualquier orden civil partidario y político, y, al fin de cuentas, no fue sino a través de una derrota militar externa (en Malvinas) que fueron derrocadas. Pero ellos también, cuando se produjo la crisis económica a comienzo de los años 80, empezaron a discutir el proyecto de una suerte de vuelta a los gobiernos civiles controlados por ellos.

Hoy, el mismo Pinochet anticipa su propio tipo de “normalización” de Chile para los años 90, normalización de un tipo tal que resultará, por lo menos satisfactoria a los EE. UU. En el fondo, todos estos regímenes hicieron una apuesta histórica, a saber, que —una vez completada su obra— un capitalismo incontrastado valdría el precio de un parlamentarismo intimidado.

Para terminar, voy a volver a mi primera pregunta, a saber, si las juntas militares fueron o no un fracaso. La respuesta, hasta ahora, creo, tiene que ser un “no”

matizado, porque su objetivo primario —según parece— se realizó. Cualesquiera hayan sido las circunstancias locales de su retirada final del palacio presidencial (que los generales brasileños lograron mucho más brillantemente que los uruguayos, y estos, a su vez, mejor que los argentinos), su meta básica estaba asegurada. Hoy en día, el socialismo se ha transformado virtualmente en un término tabú en la política sudamericana. Es notable, por ejemplo, que aún la fuerza de izquierda más nueva y menos atemorizada del área —el Partido Trabalhista brasileño— no invoque seriamente el socialismo en su discurso público. Las relaciones de producción capitalista se volvieron mental y materialmente intocables por el momento, bajo la amenaza de una vuelta al terror militar si dichas relaciones llegasen a ser puestas en juego. El único país en donde esto no ocurrió es, claro, Chile, donde los militares todavía no pueden permitirse la "civilización" del régimen. Allá, aún habrá que esperar a que las lecciones del sometimiento sean aprendidas y las clases "peligrosas" se vuelvan dóciles. Pero, en su conjunto —políticamente, podríamos decir— estas experiencias han sido exitosas respecto de su objetivo final. Su mensaje a las clases populares ha sido éste: "pueden tener democracia si respetan el capitalismo, pero, si no lo aceptan, se quedarán sin democracia y tendrán que seguir aceptándolo de todos modos".

Este mensaje ha sido escuchado. El primero en entenderlo —y de buen comienzo— no fue un dirigente político latinoamericano, sino del sur de Europa, Enrico Berlinguer, quien, ya en 1974 —después del derrocamiento de Allende en Chile— inauguró lo que más tarde se llamó "eurocomunismo" en un documento sobre la caída de la Unidad Popular en Chile, cuya tesis central consistía en que esos acontecimientos demostraban una

DEMOCRACIA Y SOCIALISMO

necesidad de no dividir nunca la sociedad verticalmente en dos partes, porque cualquier proceso de radicalización de ese tipo conduciría fatalmente a otro bombardeo del Palacio de la Moneda. Su argumento es básicamente muy simple: el enemigo nos ha demostrado que, si realmente tratamos de avanzar hacia el socialismo —como lo hizo Allende— pagaremos un precio demasiado alto. Olvidémonos, por lo tanto del socialismo y consolémonos con la democracia...

La conclusión que él extrajo de esto en Italia, claro, fue el proyecto del compromiso histórico con la Democracia Cristiana, en el que en realidad fueron los comunistas quienes suscribieron el compromiso y los demócratas cristianos quienes hicieron la historia...

Hace quince años eran pocos los representantes de la izquierda latinoamericana que estuvieran dispuestos a ratificar este compromiso. Hoy, en cambio, serían muy pocos los que **no** estuvieran dispuestos a hacerlo. La democracia capitalista estable es construida aquí sobre la derrota —y no sobre la victoria— de las clases populares.

Por otro lado, ninguno de los regímenes militares latinoamericanos ha logrado la escala de ingeniería social que inventó Franco en España. De hecho, las mezclas respectivas de dramatización política y transformación socioeconómica han variado ampliamente. El régimen argentino logró un máximo del primer elemento —el terror— y un mínimo del segundo —la modernización del país— mientras que los generales brasileños supieron combinar una medida mucho más limitada y vigilada del terror con una transformación mucho más profunda de su economía y sociedad. La experiencia uruguaya tuvo características más o menos intermedias entre ambos regímenes. Pero en todos los casos quedaron fuera

de alcance los niveles de acumulación y consumo global alcanzados en España, de modo que las democracias sudamericanas de hoy se encuentran abrumadas por un régimen de miseria, profundas desigualdades y deudas enormes, distinguiéndose así de sus homólogas del sur de Europa.

En estas circunstancias, es poco probable que el mero crecimiento económico permita contener, por sí mismo, las exigencias y presiones populares por una mejora en sus condiciones de vida. Tal vez se pueda decir que la revolución ha sido exorcizada, pero la redistribución en cuanto a aspiración va a persistir y podría reaparecer en condiciones muy explosivas y desestabilizantes.

En suma, es probable que el populismo —o, en fin de cuentas— el comunismo latinoamericano sobreviva en alguna de sus variantes hacia el socialismo. Y es muy difícil de prever cómo las nuevas democracias van a poder enfrentar un nuevo brote de populismo cuando éste sobrevenga, tal vez en la próxima década, ya que todavía no están en condiciones de encarar la experiencia española.

La social
democracia
en los ochenta

La socialdemocracia en los ochenta.*

Dentro del mundo capitalista avanzado, Europa occidental se ha distinguido siempre desde finales del siglo por la presencia de significativos movimientos socialdemócratas. Ahí nació la socialdemocracia moderna.

Su habilidad para extenderse fuera de sus patrias originales mostró ser muy limitada. La sociedades norteamericana y japonesa —a pesar de importantes episodios de militancia laboral y organización socialista—, no han producido movimientos de fuerza o estabilidad comparables. Por cuatro décadas, gobiernos de la gran empresa han dirigido en Washington o Tokio sin competencia o desleimiento. En el mismo período, no ha habido una sola capital europea occidental sin alguna experiencia de administración o coalición socialdemocrática —muchas veces por años consecutivos—, que proclame su búsqueda de los intereses de la clase obrera. Esta diferencia es una de las características más familiares del escenario político del imperialismo de posguerra.

Pero en los años recientes han ocurrido grandes cambios en la socialdemocracia europea de Occidente. Ellos han reflejado variaciones importantes en la acumulación nacional del capital y la correlación de fuerzas

de clase en el área capitalista avanzada en su conjunto. Tanto la función como la distribución de los movimien

* Publicado en revista Brecha N° 3, México.

tos socialdemocráticos se han alterado en el Viejo Mundo. Para comprender estas transformaciones en perspectiva, es necesario retroceder a la historia de la socialdemocracia europea.

La patria clásica de esta especie de movimiento obrero se ha situado en la zona norte de Europa occidental. De ahí en Escandinavia, Gran Bretaña, los Países Bajos y las tierras de habla germana —donde los partidos de masas de la Segunda Internacional han tenido la historia continua más larga del mundo, disfrutado de los más prolongados períodos de funciones gubernamentales y promulgado la más extensa legislación. Las razones de este avance de los países del norte no son difíciles de encontrar. Las sociedades donde floreció la socialdemocracia clásica eran económicamente las más avanzadas y prósperas en el continente. Inglaterra, Bélgica y Alemania —en ese orden— fueron los tres grandes acontecimientos históricos de industrialización del siglo XIX en Europa. Austria, Escandinavia y Holanda se convirtieron en su periferia privilegiada. En estos países la clase obrera era más fuerte industrialmente y más numerosa que cualquier otra —los casos de Gran Bretaña, Bélgica, Alemania o Austria— o disfrutaba de alianzas sociales favorables con una población rural de pequeños campesinos independientes —el modelo típico es Escandinavia.

En este ambiente, la socialdemocracia del norte dio pronto pruebas de sus aptitudes. Hace cerca de 80 años que un partido de la Segunda Internacional ganó la primera pluralidad en Finlandia. En otros pocos años, la socialdemocracia alemana era ya el partido mayoritario en el Reichstag. Por supuesto, la Primera Guerra Mundial demostró qué tan lejos estaba esa acumulación de votos de representar preparación alguna para un

DEMOCRACIA Y SOCIALISMO

asalto al poder capitalista o al Estado burgués. Los principales partidos de la Segunda Internacional colaboraron con sus propias clases dominantes en la masacre interimperialista, y después de ésta hicieron todo lo posible por alejar una crisis social revolucionaria — cuando el viejo orden había caído en profundo descrédito y estaban estallando levantamientos masivos contra él. Las socialdemocracias alemana y austriaca entraron al gobierno por primera vez en 1918-1919, como socios en coalición con partidos burgueses en esfuerzos comunes para contener la agitación popular y estabilizar un Estado parlamentario. El Partido Laborista británico, cuando tuvo su oportunidad de formar un gobierno minoritario pocos años después, demostró ser igualmente cauteloso y constitucional. Así hicieron los dirigentes de la socialdemocracia sueca durante la tensa crisis política de su país después de la guerra. La incorporación histórica de la socialdemocracia del norte en el gobierno funcionó pues, esencialmente, como amortiguador emergente en las grandes turbulencias europeas que siguieron al armisticio.

Esos años radicalizaron a la mayoría de las secciones militantes de la clase obrera país tras país, volviéndolas contra la Segunda Internacional y volcándolas hacia la Tercera. Pero también politizaron previamente a los sectores inactivos o desorganizados de la clase obrera — los cuales en su mayor parte engrosaron los sindicatos y las bases electorales de la socialdemocracia. Así, después de haber perdido cargos públicos y una vez superado los peligros de la inmediata posguerra para el dominio político del capital, muchos de estos partidos tuvieron una segunda oportunidad cuando la quiebra económica golpeó a Europa a fines de los treinta. ¿Qué hicieron con ella? En su mayoría, no tuvieron idea de

qué hacer. Ninguno intentó nacionalizar nada. Algunos probaron ciertas reformas sociales menores, al estilo del liberalismo de seguridad social de preguerra. Principalmente, sin embargo, hicieron intentos inútiles por reforzar la ortodoxia financiera neoclásica. Snowden en Gran Bretaña y Hilferding en Alemania estuvieron en primera fila para responder a la arremetida de la depresión con dosis purgativas de deflación. Incluso los liberales británicos —mucho menos que los nazis— fueron más intrépidos que ellos. En Suecia se adoptó una política algo menos convencional para mantener el empleo (en parte inadvertidamente); pero aún ahí la principal iniciativa tomada fue una devaluación estándar. La socialdemocracia en su conjunto simplemente no tenía una política distintiva frente a la crisis económica más catastrófica del siglo. Su historial de entreguerras fue estéril, incluso para los criterios reformistas más modestos.

La Segunda Guerra Mundial transformó la posición y las perspectivas de la socialdemocracia en Europa del norte. Lo hizo de dos maneras. En primer lugar y más fundamentalmente, el conflicto militar global instaló la administración económica Keynesiana en el corazón del capitalismo. El Tercer Reich fue el iniciador de la aplicación práctica de las doctrinas keynesianas en su expansión armamentista en el curso ascendente a la guerra (para satisfacción del propio Keynes, cándidamente expresada en la edición alemana de su *Teoría general*). El Tesoro británico, tradicionalmente el bastión más cerrado de la rigidez neoclásica en el mundo, experimentó una rápida conversión una vez que las fuerzas blindadas alemanas estuvieron en los puertos del Canal y pronto superó al mismo Berlín en la movilización de recursos y presupuesto deficitarios para financiar los gastos de guerra. Estados Unidos de Norteamérica bajo Roosevelt,

hundido todavía en profunda depresión —por toda la retórica del *New Deal*— cuando estalló la guerra, fue el último en descubrir el remedio soberano del keynesianismo militar, pero después cosechó más beneficios de él que todos los demás. Cuando la guerra había terminado, una nueva agenda económica se había presentado para Occidente. Su fin trajo consigo un segundo cambio importante en Europa del norte. La derrota del fascismo liberó una poderosa ola de radicalización popular, tan amplia en escala aunque no tan profunda como después del fin de la Primera Guerra Mundial. Las organizaciones socialdemocráticas de la región fueron los recipientes de este nuevo influjo de trabajadores a los sindicatos y los partidos, entre grandes esperanzas por un mundo de posguerra diferente.

El Partido Laborista de Gran Bretaña enseñó el camino en la nueva coyuntura con su gran victoria electoral en 1945. La socialdemocracia poseía ahora una base de masas más fuerte que antes de la guerra, y heredó una fórmula hecha para administrar el capitalismo a satisfacción de su electorado. Extendiendo el consumo doméstico mediante gastos del Estado, la administración de la demanda a contra ciclos podía aumentar simultáneamente la tasa de ganancia para el capital y elevar los niveles reales de vida del trabajo. Por supuesto, la eficacia de esta fina sintonización descansaba en la dinámica subyacente de la acumulación mundial. Pero precisamente ahí, el largo bajo impulso de interguerra estaba cediendo ante un *boom* internacional sin precedentes, basado inicialmente en la reconstrucción del capital fijo y luego en la generalización del fordismo. Por tanto, en 25 años de prosperidad, los gobiernos socialdemocráticos pudieron presidir en forma característica el pleno empleo, elevar los ingresos y mejorar los servicios socia-

les en sus países. La propiedad pública —alguna vez formalmente un primer objetivo de estos partidos— fue relegada a las industrias deficitarias diseñadas para proporcionar insumos baratos a la acumulación privada: más que una “mezcla”, una “marginación” en la economía, de la cual se pudo prescindir casi totalmente en el más exitoso de todos los casos de la socialdemocracia del norte, en Suecia.

Estas administraciones mejoraron y fortalecieron al mismo tiempo al capitalismo. La presencia de gobiernos socialdemocráticos en el timón del Estado no fue la primera determinante del mejoramiento material en las condiciones de vida del pueblo trabajador en Europa del norte en estos años. Fueron mayores las transformaciones de los niveles de vida de las masas en Japón o España bajo regímenes conservador o fascista, que en Gran Bretaña o Noruega bajo gobiernos laboristas: lo decisivo fue el índice global del crecimiento del capitalismo nacional en cuestión. El keynesinismo fue una invención, no de la socialdemocracia sino del liberalismo burgués y podía ser utilizado por cualquier Estado capitalista de la época —como lo hizo Schacht en los treinta.

Pero en contraste con el período de entreguerra, la socialdemocracia en el norte europeo tuvo a su favor al menos una ejecución distinta a la época de posguerra. Construyó el andamio de un Estado benefactor incorporando genuinas conquistas sociales para el trabajo —en servicios de salud, vivienda pública, educación y derechos de pensión— que no tuvo equivalentes parecidos en aquellos Estados capitalistas avanzados sin presencia socialdemócrata alguna: sobre todo Japón y Estados Unidos de Norteamérica. El Estado benefactor no era una concomitante inevitable o invariable del pleno empleo

DEMOCRACIA Y SOCIALISMO

y el crecimiento rápido. El papel jugado por la socialdemocracia, con todo su abandono y por mucho tiempo de los objetivos políticos del socialismo, ayudó también a preservar un sentido de identidad de clase separada en las filas del trabajo, contrapuesto al capital —en un grado significativamente mayor que en Norteamérica o Japón. En el mejor de los casos, estas dos dimensiones de la socialdemocracia se reforzaban mutuamente —las reformas benefactoras promovían la confianza y la organización de clases, la movilización de clases proporcionaba renovados mandatos electorales para más reformismo, a través de una densa red de estructuras sindicales y de partido.

Esta dialéctica no se realizó plenamente en Suecia y Austria, menos aún en Gran Bretaña —una diferencia que está muy relacionada con el contexto internacional de las experiencias socialdemocráticas de esa época. El gobierno laborista británico fue un activo socio menor en la política contrarrevolucionaria global de Estados Unidos de Norteamérica, y en promover la Guerra fría —fue el primer inspirador en la creación de la OTAN, por ejemplo, cuyo primer secretario general fue el socialista belga Henri Spaak. La mayor parte de los partidos del continente fueron igualmente miembros serviles de la cruzada anticomunista (como, desde luego, lo fueron no pocos supuestos “revolucionarios” de las variedades de Schachtman o MacIntyre). La estructura de la Guerra fría estableció ciertos límites rígidos —ideológicos y políticos— sobre las prácticas nacionales socialdemócratas. Fuera de esto, en un contexto neutral, los modelos sueco o austríaco pudieron ir más lejos y atrincherarse más firmemente.

La buena suerte de la socialdemocracia en la pos-

guerra se agotó a principios de los setenta. Su primera había sido keynesiana. Una vez que se derrumbaron las técnicas keynesianas con la ruptura de la acumulación fordista y el comienzo de la larga recesión, la socialdemocracia no tuvo fórmulas alternativas de regulación propias. El resultado fue inevitablemente una crisis generalizada de la socialdemocracia del norte. Hacía tiempo que se había renunciado a las socializaciones como objetivo. Pero ahora que llegaba la *stagflation* y el desempleo empezaba a crecer, los diferentes estados benefactores que había construido empezaron a ser identificados crecientemente como los culpables de la caída. Carente de toda perspectiva independiente del consenso capitalista en curso, la socialdemocracia en su conjunto no estaba en posición de resistir el vuelco al monetarismo que siguió al primer aumento importante en los precios del petróleo. El resultado fue la reducción deflacionaria del gasto público de los regímenes de Callaghan y Schmidt en el Reino Unido y Alemania Occidental, deshaciéndose de los servicios benefactores y creando desempleo en contradicción directa con la política que había sido la razón de ser histórica de la socialdemocracia en la posguerra. A su debido tiempo, los partidos Laborista y Social demócrata fueron echados del poder, cuando gran número de sus seguidores obreros se pasaron a los partidos conservadores locales. En Escandinavia, la adaptación al monetarismo fue menos clamorosa y abrupta, pero ahí también los finales de los setenta presenciaron la caída, uno tras otro, de los regímenes socialdemócratas más antiguos —cuatro décadas de dominio del SAP llegaron a su fin en Suecia después de perder un referéndum nuclear en 1976; el laborismo noruego fue desplazado por una coalición burguesa en 1979.

Hoy Europa del norte, tradicionalmente el baluarte de la socialdemocracia internacional, se ha convertido en el lugar preferido de regímenes de la derecha dura —administraciones vigorosamente reaccionarias con una fuerte base popular, devotas del desmantelamiento de los servicios sociales, el debilitamiento de los sindicatos, la privatización de las empresas públicas: en una palabra, capaces de hacer retroceder mucho el legado de los años socialdemocráticos. Mientras, en 1975, Gran Bretaña marcaba la tónica con el advenimiento del gobierno Thatcher —un año antes que el mismo Reagan fuera electo en Estados Unidos de Norteamérica. Los regímenes de Kohl en Alemania Occidental, de Martens en Bélgica, de Lubbers en Holanda, de Schlüter en Dinamarca, son ahora cortados de la misma tela. Con excepción del primero, están encabezados por políticos derechistas capaces, con probado atractivo populista. La mayor parte de éstos gobiernos, como el de Thatcher, han aplastado importantes desafíos sindicales (mineros en el Reino Unido; trabajadores del sector público en Bélgica y Holanda; huelga general en Dinamarca) y han pasado a ganar segundos mandatos. En Noruega, el labo-rismo ha regresado por poco tiempo al poder con un reducido margen, precario y paralizado. Sólo Suecia y Austria han resistido porfiadamente el giro a la derecha en los ochenta —hasta ahora. Pero la hegemonía social-demócrata en Viena está ahora al borde del colapso, después del triunfo presidencial del cripto nazi Waldhejm: ya el último gran sector público de los años de posguerra está amenazado de privatización, mientras el partido austriaco se asusta ante la perspectiva de su probable derrota en las próximas elecciones. El SAP se ha aferrado al poder en Suecia manteniendo el empleo, gracias principalmente a una drástica devaluación en

1981 (sombras de lo mismo en 1931) que privilegió sus industrias de exportación. Pero después de Palme, incluso esta última resistencia parece inestable, cuando desaparecen los efectos competitivos y comienzan los procesos familiares de "reestructuración industrial" — pérdida de trabajo— con aumento de la agitación sindical contra la austeridad oficial. La socialdemocracia ha perdido terreno en el norte, en todas partes de manera significativa y a veces espectacularmente.

Sin embargo, mientras tanto la trayectoria política de Europa del sur se estaba moviendo precisamente en la dirección opuesta. Hasta fines de los sesenta, ésta era una región del continente sin un sólo movimiento socialdemócrata de real importancia. No obstante, a principios de los ochenta, mientras los regímenes conservadores llevaban la batuta en Londres, Bruselas, Amsterdam, Bonn y Copenhague, hubo primeros ministros en París, Roma, Madrid, Lisboa y Atenas. ¿Qué explica el contraste? Históricamente, para la mayor parte, la industrialización se puso en marcha después o más lentamente en el sur que en el norte de Europa, y en un ambiente mucho menos propicio para el movimiento obrero. En el siglo XIX y a principios del XX se desarrolló un capitalismo urbano más tardío y lento contra un interior rural más conservador de campesinos y curas. La industria francesa, la más considerable de la región, nunca alcanzó el dinamismo de la belga o la alemana, su peso específico siempre fue menor dentro de una sociedad dominada todavía por una arcaica agricultura parcelaria. La mayoría del campo en Italia o España estaba bajo el dominio de latifundios semif feudales. Portugal o Grecia estaban todavía en un peldaño socioeconómico más bajo. En este escenario, el resultado fue un balance de fuerzas políticas muy distinto. Por un lado, la clase obrera tendió a

generar más tradiciones revolucionarias que en el norte reformista —inicialmente anarquista o sindicalista, subsecuentemente comunista; a veces con poco campesinado. Por otro lado, también el peso del bloque dominante —característicamente con su componente clerical reaccionario— era proporcionalmente mayor. El trabajo era subjetivamente más combativo pero objetivamente más débil y más aislado. Cuando la socialdemocracia del norte estaba disfrutando su apogeo después de la Segunda Guerra Mundial, a mediados de los sesenta, la clase obrera del sur era dirigida en todas partes por partidos comunistas. Pero a su vez fueron enviados al ghetto —el PCF en Francia y el PCI en Italia— o a la clandestinidad —el PCE en España, el PCP en Portugal y el KKE en Grecia. Mientras los países del norte experimentaban importantes rachas de gobierno socialdemócrata, con regular alternancia de partidos en el poder, los países del sur no tenían una experiencia parecida de alternancia de partido o administración laboral reformista en absoluto. España y Portugal habían sido dominadas por dictaduras fascistas desde la época de preguerra. Grecia estaba bajo el control de una junta militar. Italia había sido gobernada por ininterrumpidas coaliciones demócratacristianas desde principios de la Guerra Fría. Francia estuvo sometida al dominio ininterrumpido de la derecha por 20 años, después que los golpistas argelinos crearon la Quinta República.

Pero desde fines de los cincuenta, este monopolio político estuvo acompañado por un acelerado desarrollo económico y rápidos cambios sociales. Francia, España e Italia registraron muy altos índices de crecimiento en el punto culminante del *boom* mundial. Los campesinos vaciaron la tierra. Se multiplicaron la industria manufacturera y los servicios. La nueva clase media se expandió.

La ideología religiosa se debilitó. De igual manera se transformaron en este proceso los niveles y expectativas de vida popular. Para principios de los setenta, era claro que tenían que ocurrir cambios políticos importantes para adaptar las nuevas realidades sociales creadas por la modernización capitalista. Con estos antecedentes es que se puede entender el fenómeno del eurocomunismo. Esencialmente consistió en el abandono por los partidos comunistas del sur de las tradiciones de la Tercera Internacional (ellas mismas bastante alteradas desde los veinte, pero todavía visibles en los sesenta), y la adopción de perspectivas estratégicas similares a la de los partidos socialdemócratas del norte al principio de su carrera —es decir, cuando todavía concebían formalmente una transición al socialismo. Casi todos los temas del nuevo discurso eurocomunista resucitaban de hecho el discurso original socialdemócrata sobre la vía gradual, pacífica, constitucional al poder. No es difícil ver por qué ocurrió este cambio cuando lo hizo. Las más grandes sociedades capitalistas de Europa del sur habían alcanzado ahora niveles de desarrollo económico y social no lejanos de los de Europa del norte. Efectivamente, Francia era ahora mucho más próspera que Gran Bretaña. De esta manera era siempre posible que estos países entraran tarde o temprano en un ciclo político similar, emprendiendo a su vez su propia experiencia socialdemocrática, una vez superados los corsés de la reacción autoritaria. El espacio para las reformas fiscales y benefactoras era manifiestamente muy amplio en estas sociedades. El eurocomunismo representó una anticipación objetiva de esta nueva coyuntura y un intento sostenido por adaptarse a ella.

Pero el intento de moderación y respetabilidad del comunismo latino estuvo fatalmente en desventaja desde

el principio. Por muy cercano que estuviera su discurso ideológico de los temas socialdemocráticos clásicos, sus formas organizativas siguieron siendo las del movimiento comunista tradicional tal como se establecieron en la época stalinista, y sus lazos internacionales —aunque residuales o ambiguos— lo ataban a las sociedades posrevolucionarias del Este. El resultado fue que, en general, el eurocomunismo simplemente preparó el camino para el ascenso del “eurosocialismo” —esto es, el inesperado ascenso de nuevos o renovados partidos socialdemócratas propiamente dichos, desde muy modestas o marginales posiciones al centro del escenario, a expensas de los propios partidos comunistas. La lógica de esta sustitución no es un misterio. Si en una sociedad capitalista avanzada las masas tienen que escoger entre dos partidos, cada uno de los cuales proclama una política socialdemocrática, es muy probable que haya una fuerte tendencia a escoger la versión más coherente —la basada en modelos socialdemocráticos de organización y afiliaciones internacionales.

El grado en que esta lógica encontró solución ha variado en los tres principales países interesados. La sustitución fue más dramática en España. Ahí el partido socialdemocrático local, el PSOE, había hecho solamente una irregular y débil contribución a la Resistencia contra Franco, emergiendo a su muerte con un puñado de miembros; en tanto que el Partido Comunista Español era una organización de masas cuyos cuadros habían proporcionado décadas de dirección de la lucha clandestina contra la dictadura. Pero en pocos años, cuando el PCE se deshacía de su pasado militante por la obsequiosa adhesión a la monarquía borbona, la “unidad nacional” y el constitucionalismo capitalista, la relación de fuerzas se revirtió completamente. Para 1981, el PSOE había ga-

nado una masiva victoria electoral, dándole una mayoría parlamentaria absoluta —mientras el PCE era un remanente marchito y desmoralizado de sí mismo, con menos del 5% de los votos.

En Francia, el PCF inició a principios de los setenta un curso de alianza con un Partido Socialista recién inventado y lejos de ser robusto, cuando era abrumadoramente más fuerte —el partido mayoritario de la clase obrera francesa incluso desde la Segunda Guerra Mundial. Otra vez, en pocos años en los que el PCF descubrió de pronto los males de la dictadura del proletariado y las virtudes de la fuerza disuasiva nuclear francesa, el PS tomó visiblemente la ventaja y volvió además al tipo anticomunista. El retiro de la alianza al último minuto en 1978 simplemente debilitó aún más al PCF. A principios de los ochenta estaba reducido al papel de estribo de un presidente socialista, que lo había pateado hasta la impotencia política.

En Italia el PCI intentó una vez más forjar una coalición con la Democracia Cristiana —el eje de la derecha— en vez de con el Partido Socialista, y se adhirió ardientemente a la OTAN. Utilizado y descartado después que el “compromiso histórico” dejó de interesar a la DC, el Partido Comunista Italiano ha tenido entonces que asistir al firme ascenso y aumento de la influencia del Partido Socialista que había tratado de evitar —que a principios de los ochenta había acaparado la presidencia y el primer ministerio, en una asociación con la Democracia Cristiana en la cual el PCI había fracasado.

En Portugal y en Grecia los desarrollos fueron muy diferentes. A pesar de los cambios de los sesenta, seguían siendo sociedades sustancialmente más pobres, con menos precondiciones para la “normalidad” política burguesa. En ambos casos, el fin del viejo orden fue extre-

madamente precipitado —por las aventuras de ultramar de sus respectivas dictaduras, en África meridional y en el Este mediterráneo, más que por levantamientos internos. En ningún país el partido comunista mostró mucha impaciencia por seguir la vía eurocomunista, cada uno de ellos siguió siendo más tradicionalista en sus concepciones. En consecuencia, la apertura al eurosocialismo tomó aquí otra forma. Grecia y Portugal son las dos sociedades occidentales que han estado más cercanas a la revolución social en la era de posguerra —Grecia en 1944-1948 y Portugal en 1974-1975. Los partidos comunistas fueron fuerzas centrales en ambas crisis, lo cual dejó traumatizadas en la memoria no solamente a las clases dominantes sino también a las capas medias urbanas y las clientelas campesinas regionales. Así, cuando el viejo orden se hubo ido, y con él los soportes de la derecha, había un vacío en el centro que podía ser llenado por una socialdemocracia emergente. El PASOK, la versión griega, era realmente un descendiente directo del Centro Unión de los sesenta. Pero debido a que la guerra civil griega había ocurrido hace mucho tiempo, el partido griego era de hecho mucho más radical que el Partido Socialista Portugués de Mario Soares, que debió su éxito a fines de los setenta mucho más directamente a su papel como parabrisas contrarrevolucionario contra los vendavales de abril.

Para 1982, el eurosocialismo había triunfado en todo el sur —Mitterrand en el poder en Francia, Craxi en Italia, González en España, Soares en Portugal, Papan-dreou en Grecia. Europa del sur parecía a punto de entrar en su propio ciclo de administraciones reformistas, comparable al de Europa del norte después de la Segunda Guerra Mundial. La migración hacia la faja so-

leada parecía haber dado una segunda vida a la socialdemocracia.

Por supuesto, en realidad ninguna experiencia histórica es simple o exactamente una repetición de otra. La suerte del régimen de Mitterrand iba a demostrarlo pronto con claridad esquemática. La administración socialista francesa iba a ser siempre la prueba central de la socialdemocracia del sur. Francia poseía de lejos la economía más grande y avanzada de la región —un poder industrial y militar de segunda fila a escala mundial. El PS controlaba la presidencia y el parlamento, dándole poderes políticos ilimitados dentro de la constitución gaullista. La clase obrera francesa tenía la más grande historia de insurgencia social en Europa occidental, desde los días de junio de 1848 hasta los días de mayo de 1968. En estas circunstancias, el programa de Mitterrand era el más ambicioso en ser adelantado dentro del ámbito del eurosocialismo —un amplio paquete de nacionalizaciones, legislación del salario mínimo, reducción en la semana laboral, crecientes mejoras de vacaciones y bienestar, diseñadas todas para sacar a Francia de la recesión a través de gastos públicos que estimularían la demanda y reestablecerían el pleno empleo. La similitud de este paquete con el programa del gobierno Attlee en Inglaterra en 1945-1951 es sorprendente. Sin embargo, su resultado fue muy diferente. El intento de alcanzar una reflacción keynesiana fracasó en un año bajo una crisis de la balanza de pagos. Le siguieron salarios congelados, cortes al gasto social y ataques a los sindicatos. El desempleo, en vez de disminuir, se incrementó. Se abandonaron la reforma educativa y el sufragio a los inmigrantes. Mientras tanto, se enviaron aviones a reacción para aplastar a los rebeldes en Chad,

tropas para ayudar a Reagan a bombardear Líbano, agentes para asesinar pacifistas en Nueva Zelanda. Entre el desempleo al interior y el militarismo al exterior, se creaban las condiciones para la aparición de un fascismo xenófobo bajo el palio de chauvinismo oficial, reclamando pronto el 10% de los votos y el regreso al poder de una derecha agresiva. Actualmente, Chirac está borrando las nacionalizaciones de corta vida de 1981, en una oleada de privatización que reducirá el sector público en Francia más allá de los niveles de la Cuarta República (un cambio completo preparado por el propio gobierno de Mitterrand, que terminó sus días alabando los imperativos del mercado y vendiendo la televisión pública al equivalente italiano de Rupert Murdoch). Poco queda de los años del PS.

El fiasco del keynesianismo en Francia tuvo su impacto en las experiencias vecinas. Ninguna otra socialdemocracia en el sur intentó algo comparable. El régimen de González en España llegó también al poder prometiendo acabar con el desempleo. Pero practicó un liberalismo ortodoxo, concentrándose en presupuestos balanceados, dinero escaso y promoción de la exportación —“austeridad progresiva” del tipo que el PCI había predicado hace tiempo en Italia pero que nunca tuvo oportunidad para instrumentarla. Como consecuencia el desempleo ha aumentado —elevándose por arriba del 20% de la fuerza de trabajo, la tasa más alta en Europa. Los gastos sociales disminuyeron, se aligeraron los procedimientos de despido, se incrementó bastante la economía negra de trabajo no registrado. El sector público es ahora objeto de más sacudidas y racionalización. En Italia, la administración Craxi ha sacrificado la indexación salarial, liberalizado el mercado de valores y ahora esta

empezando a vender las industrias nacionalizadas. Los gobiernos de Soares en Portugal, preocupados principalmente en tratar de dismantelar las conquistas institucionales y sociales de la movilización popular de 1974-1975, no ha logrado nada muy espectacular, pero gradualmente han desgastado muchas de las conquistas en el poder sindical y la reforma agraria obtenidas en esa época. Por otro lado, el PASOK en Grecia emprendió inicialmente una importante indexación ascendente de los niveles salariales para compensarlos por las pérdidas sufridas en los años anteriores de inflación, y para estimular la demanda interna —extendiendo también apoyos a los precios y acuerdos comerciales para los pequeños campesinos. Pero igual que en Francia, estas políticas se pararon pronto en seco frente al rápido aumento de las importaciones y la caída de las inversiones. Siguiéron las reducciones clásicas. En ausencia de reforma fiscal, no era posible esperar la extensión de los servicios sociales. Más bien, Papandreu instituyó controles antihuelga draconianos sobre los empleados del sector público para prevenir cualquier peligro de resistencia sindical a los costos del nuevo curso financiero, mientras el desempleo aumentaba inevitablemente. Solamente en política exterior el régimen del PASOK se ha diferenciado cualitativamente de la norma eurosocialista. Aunque renegó de su promesa de deshacerse de las bases norteamericanas, la amenaza planteada a su izquierda por el KKE lo ha obligado a alejarse de la posición de Guerra Fría de toda la socialdemocracia del sur. Para evitar la militancia comunista en el interior, lo cual podría haber mermado seriamente su propia base, el socialismo griego ha cultivado relaciones amigables con la URSS, incluyendo una sustancial cooperación económica. En cualquier otro país, la nueva socialdemocracia ha

DEMOCRACIA Y SOCIALISMO

abrazado la nueva Guerra Fría. La campaña de Mitterrand por los misiles Cruise en Alemania, o de González por la integración de España en la OTAN, han estado a la vanguardia de la ofensiva de Reagan por movilizar a los aliados de Norteamérica contra el perverso imperio.

En este aspecto, la socialdemocracia del sur de los ochenta es desde luego similar a su predecesora del norte en los cuarenta y cincuenta. Pero en otros, lo sorprendente es el contraste. Sobre todo, el eurosocialismo ha fracasado en repetir los dos grandes sellos de la socialdemocracia del ciclo de posguerra —el pleno empleo y el suministro ampliado de bienestar. En todos los países donde la socialdemocracia del sur ha tomado el poder, ha crecido el número de desempleados. En ningún país, por otro lado, se ha establecido un conjunto amplio de beneficios sociales comparable al promovido en sus días por el laborismo en Gran Bretaña, el SAP en Suecia o el SPD en Alemania Occidental. Estas dos razones fundamentales para tal diferencia, se pueden encontrar en la constelación global de capital y trabajo que ha marcado la experiencia socialdemócrata en el sur. La socialdemocracia del norte edificó sus éxitos durante la larga onda de expansión capitalista de posguerra, respaldándose en el *boom* fordista. El compromiso de clases que institucionalizó, fue el fruto de altos índices de acumulación combinados con una fuerte organización obrera. Ninguna de estas condiciones existían cuando el eurosocialismo inició su ciclo de poder. El capitalismo mundial estaba sumergido en una onda larga recesiva, con bajos índices de acumulación y poco margen para concesiones sociales. Además, el capitalismo estaba ahora radicalmente —después de 30 años de liberalización del mercado, inversión multinacional y organización financiera— mucho más internacionali-

zado que durante los años de posguerra. Los espacios económicos nacionales, presupuestos para la administración keynesiana de la demanda, se han desgastado constantemente, sobre todo en los Estados más débiles de la OCDE. Sin embargo, eso eran precisamente los países del sur de Europa —economías cuya posición en el mercado mundial era intrínsecamente mucho más precaria y marginal que la disfrutada por Gran Bretaña, Suecia o Alemania en el apogeo de la socialdemocracia. Incluso la Francia de Mitterrand y Fabius, más rica ahora que el Reino Unido, es una economía menor y más vulnerable en la jerarquía mundial del capital que la Gran Bretaña de Cripps y Attlee ayer.

De igual importancia ha sido, por otro lado, la muy diferente posición del movimiento obrero en las sociedades del sur. La socialdemocracia del norte siempre descansó en último recurso sobre la densidad y tenacidad de su implantación en el movimiento sindical. Las organizaciones partidarias podían levantarse sobre esta subestructura de masas —como en Suecia, Alemania Occidental o Austria. En otras partes, en Gran Bretaña, la misma fuerza de los sindicatos pertenecía a una organización de partidos anticuada y desvencijada, con baja membresía individual, como para estar ligada a ella. Pero en todos los casos, era la fuerza industrial fundamental de la clase obrera, movilizadora en sindicatos la que —aunque burocrática— estaba comprometida en objetivos políticos independientes, que aseguraban la vitalidad y estabilidad de esa socialdemocracia.

Nada de esto yace tras el eurosocialismo. En su mayor parte las socialdemocracias del sur surgieron en ambientes con movimientos sindicales extraordinariamente débiles, según los niveles del norte. En tanto que el índice de sindicalización de la fuerza de trabajo en

DEMOCRACIA Y SOCIALISMO

Suecia o Austria es de 70-80%, y en Alemania Occidental o Gran Bretaña 40-50%, en Francia es menos del 20% —aproximadamente el mismo nivel que en Estados Unidos de Norteamérica actualmente— y en España es cercano al 15%. El único país del sur con un movimiento sindical importante es Italia: pero su poder de negociación es mucho menor que su membresía formal debido al enorme tamaño de la economía negra italiana, que opera sobre el trabajo rural o casero explotado. Los nuevos partidos eurosocialistas tienen, por su parte, lazos muy delgados con cualquier realidad sindical. Son esencialmente aparatos electorales, abrumadoramente dominados en sus niveles parlamentarios y administrativos por profesores, abogados, funcionarios, economistas —en resumen, una capa de profesionistas en ascenso sin raíces reales en la vida de la clase obrera. PS, PSOE, PSI, PSP o PASOK han funcionado en este sentido, sobre todo, como camino de promoción social para nuevos estratos medios. Su compromiso incluso con la mínima defensa corporativista del trabajo es mucho menor que la de sus predecesores del norte. En realidad, la socialdemocracia del sur ha estado marcada por una oculta —a menudo franca— hostilidad a los sindicatos. Por eso permanecen intactas áreas de fuerza comunista, aún cuando los propios partidos comunistas han sido reducidos o echados al lado por el eurosocialismo. Ningún fenómeno es tan revelador del carácter de la nueva socialdemocracia en el sur de Europa como el hecho de que la membresía sindical ha *caído* vertiginosamente, en vez de crecer, bajo ella. El contraste con la expansión de la sindicalización, no solamente bajo la socialdemocracia europea del norte, sino incluso bajo el *New Deal* rooseveltiano nos habla de su historia.

¿Significa entonces que el expediente de la social-

democracia en el sur sea tal vez nulo históricamente? No completamente. Aunque ha demostrado ser incapaz de emular los logros sociales particulares de su contraparte nortea, sus propagandistas afirmarían que ha logrado algo más —a saber, la "democratización" política de sus sociedades. Mucho se va a escuchar de este *slogan*, y no sólo en Europa del sur. Pero es verdad que las condiciones existentes ahí le dan una resonancia especial. Las experiencias claves de la socialdemocracia del norte se desarrollaron en un ambiente constitucional estable, donde la democracia burguesa era el producto de una larga evolución previa del propio capitalismo, la mayoría de los casos. La misma socialdemocracia tenía pocas tareas políticas que completar, dentro de la estructura de relaciones capitalistas de producción: heredó instituciones liberales y luego las utilizó tranquilamente para fines sociales y económicos de un tipo moderadamente benefactor. En el sur, en cambio, las estructuras estatales que encontró la nueva socialdemocracia estaban frecuentemente muy lejos de ajustarse al modelo liberal estándar. La larga ascendencia de regímenes dictatoriales o ultras había dejado tras de sí como característica una legislación clerical o exclusionista, procedimientos civiles discriminatorios, regulaciones jurídicas autoritarias, y un denso aparato burocrático y policiaco-militar sin reconstituir. Estaba abierto entonces un espacio objetivo para la socialdemocracia dado que no estaban terminadas las tareas democrático-burguesas —reformas cultural, legal, familiar y administrativa de tal tipo, que hacía mucho tiempo se habían alcanzado en el norte. ¿Cuál ha sido su actuación al respecto?

La respuesta es muy modesta. Mitterrand, después de años de denunciar la naturaleza autocrática de la presidencia de la Quinta República —calificándola como

un "permanente golpe de Estado"— no sólo la adoptó en el poder, sino que la acentuó. Su gobierno se limitó a una suave delegación regional y a autoridades locales electivas. Se liberalizaron los procedimientos judiciales y se abolió la pena capital: en las fábricas se concedieron a los empleados unos pocos derechos inofensivos. En Italia, Craxi hizo aprobar una reforma fiscal limitada para disminuir la evasión de impuestos por parte de los propietarios y semiempleados. En España, los subsidios estatales a la educación clerical quedaron bajo inspección pública, se redujeron múltiples puestos de funcionarios y se aprobó una pusilánime ley del aborto. En Grecia se aflojaron las restricciones sindicales, los veteranos de la guerra civil se reintegraron a la vida pública y se reformó ampliamente la ley familiar, con una variedad de medidas progresivas en favor de la mujer, que abarcaban el divorcio, el aborto, la dote y el contrato. El gobierno del PASOK fue el más radical en estos frentes. Sin embargo, ninguno de éstos ha afectado los aparatos centrales del poder o al Estado en estas sociedades. Por el contrario, el eurosocialismo ha preservado infaliblemente la maquinaria tradicional de vigilancia y represión, no importa que tan manchado de sangre o desacreditado estuviera por el pasado. La utilización por Mitterrand de los escuadrones de choque del servicio secreto gaullista contra el Rainbow Warrior se equipara con la confianza de González en conocidos torturadores de la policía de Franco para su Ministerio del Interior. Ni en España o Grecia ha ocurrido purga alguna del ejército —por el contrario, sus generales han sido prodigados con nuevo equipo mucho más costoso que el de las viejas dictaduras. Dentro de los propios partidos gobernantes se ha impuesto el dominio de un solo hombre, de una especie prácticamente desconocida en el norte,

en el PSOE, PSI y PASOK, con cortesanos y atmósferas morales. Mitterand y González tienen sus Bebe Rebozos —tortuosos amigos millonarios de Italia o Colombia— y plomeros en palacio. Craxi disfruta de relaciones con el mundo de los P-2. Papandreou dirige su partido igual que un déspota balcánico. Frank Carlucci, anteriormente de la CIA y ahora ayudante de Weinberger, era conocido de Soares. La falta de democracia dentro de las maquinarias de los nuevos partidos tiene su complemento en el cinismo con que a su vez manipulan las reglas electorales en la sociedad en general. El PS dividió el sistema de votación francesa en los distritos electorales para asegurar que los comunistas estuvieran masivamente subrepresentados, y al mismo tiempo que los fascistas pudieran ser ayudados para dividir el voto de la derecha. El PSOE se ha apropiado satisfactoriamente de las primas electorales lo cual le otorga mayorías desproporcionadas, y manipula vulgarmente los medios de información estatales para propagar su marca particular de conformismo ideológico. El PSI ha buscado —infructuosamente, hasta ahora— rescindir las libertades otorgadas por la constitución italiana a los partidos políticos más pequeños. El PASOK ha deformado el sistema de sufragio bastante equitativo dejado por Karamanlis —un conservador— para restarle escaños a los comunistas, y ha amañado las federaciones sindicales para asegurar su control sobre ellas. El modelo insistente se caracteriza por la codicia política y la falta de principios.

¿Qué conclusiones pueden extraerse de este panorama? Las formaciones clásicas de socialdemocracia en Europa del norte han agotado su función histórica distintiva. Los nuevos contingentes de Europa del sur no han sido capaces de reproducirla. Como consecuencia los socialistas revolucionarios podrían estar tentados a

DEMOCRACIA Y SOCIALISMO

escribir el obituario de esta clase de política en general. Sin embargo, estarían equivocados. Las credenciales democráticas del eurosocialismo actual pueden autoabastecerse y falsificarse en gran medida. Pero apuntan hacia una posible —¿probable?— mutación en la socialdemocracia en los años venideros. Sería un cambio del discurso "social" hacia el discurso "democrático" como el código básico que los legitime como herederos de la Segunda Internacional. ¿Qué representaría semejante cambio? Al llegar a este punto es necesario recordar los parámetros más amplios de la política capitalista internacional en la cual se ha insertado siempre la socialdemocracia europea de Occidente. ¿Es el caso que partidos que se representan como una alternativa progresista están condenados a menguar y desaparecer una vez que ya no pueden prometer con credibilidad bienestar o pleno empleo, o ni siquiera hacer algún intento por lograrlo? ¿Tiene que invocar principios diferentes de organización social para captar un electorado? Los lectores norteamericanos no tendrán dificultad en dar la respuesta. Precisamente un partido ha sido una pieza central de la política de Estados Unidos de Norteamérica hasta donde alguien pueda recordar. ¿Su nombre? No por accidente —Demócrata. En años recientes, izquierdistas arrepentidos y bastantes neorrealistas han estado descubriendo al Partido Demócrata como el equivalente americano de la socialdemocracia europea, proyectando ansiosamente hacia éste una base de clase y una vocación social que nunca se supo que tuviera. Las ilusiones y autoengaños de esta particular adaptación a la política del capital requiere de poco comentario. La ironía es, no obstante, que la real aproximación que podría haber es precisamente la inversa —la gradual conversión de las organizaciones socialdemócratas europeas en algo

parecido al Partido Demócrata norteamericano. Esto es, su emasculación de cualquier contenido de clase antagónico y su transformación en simples aparatos sustitutos de denominación burguesa, con algunas clientelas más populares y pretensiones más liberales, pero por lo demás dedicados indistintamente a la libre empresa y el mundo libre. Los signos de tal cambio potencial son ya múltiples. En Gran Bretaña, la nueva dirección laborista ya no pretende siquiera que va a suprimir el desempleo masivo o atacar seriamente las privatizaciones conservadoras. Kinnock confía a los televidentes que su héroe político y modelo de gobernante es Franklin Delano Roosevelt. En Francia el sicofante presidencial Serge July —editor del elegante diario *Libération*— les dice a investigadores españoles que el gran logro de Mitterrand es haber sepultado las diferencias entre izquierda y derecha, limpiar el camino para un sistema de partidos verdaderamente “moderno” como el de los republicanos y demócratas en Estados Unidos de Norteamérica. No son pocos los jefes intelectuales que teorizan sobre esta clase de cambio, sea en nombre de un “marxismo analista” para el cual el socialismo significa realmente “autonomía individual”, o de un “posmarxismo” para el cual es simplemente un nombre equivocado de “democracia radical”.

El borrón final de las tradiciones de la Tercera Internacional del mapa del movimiento obrero europeo, consumado por el eurocomunismo, fue —con todos los defectos, y más, de esas tradiciones— un revés fundamental a la causa del socialismo. La corrupción y desaparición final de la herencia de la Segunda Internacional —con todo y sus aún más drásticos defectos y fechorías— agravaría una regresión histórica. De ocurrir esto, para fines de siglo, Europa Occidental se parecería a

DEMOCRACIA Y SOCIALISMO

los Estados Unidos de Norteamérica o el Japón de hoy. Todavía hay mucho camino que recorrer antes que se haga realidad ese escenario. En las filas de los movimientos comunistas del sur y los socialdemócratas del norte de Europa existen fuerzas de agitación y resistencia, como lo demuestran las encarnizadas luchas industriales y las tumultuosas movilizaciones por la paz. El Viejo Mundo no es un área aislada, y cualquier levantamiento importante contra el capital o la burocracia en otra parte cambiaría la situación como lo hizo, a las mil maravillas, a fines de los sesenta. Los socialistas nunca deberían olvidar que siempre hay más de una corriente en el mar.

La interpretación
de Trotsky
sobre el stalinismo

La interpretación de Trotsky sobre el stalinismo

La interpretación de Trotsky del significado histórico del stalinismo —hasta ahora la teorización más coherente y desarrollada del fenómeno dentro de la tradición marxista— fue elaborada en el curso de veinte años de lucha política contra él. Su pensamiento, por lo tanto, evolucionó en tensión con los más grandes conflictos y acontecimientos de esos años, y puede periodizarse convenientemente en tres fases esenciales.*

Los primeros escritos de Trotsky sobre el tema datan de la época de la lucha interna partidaria que se desató en el PCUS después de la guerra civil. No lo llamaban aún stalinismo. Su centro es lo que en la tradición partidaria se llamó "burocratismo". El texto clave de este período es *Nuevo curso* (1923). En él, retoma Trotsky los dos aspectos más importantes de las que fueron las explicaciones de Lenin antes de su muerte. El burocratismo, había argumentado Lenin, tenía sus raíces en la *falta de cultura* de las masas rusas, tanto rurales como urbanas, que les hace carecer de las aptitudes necesarias para una administración competente en la posguerra; y en el carácter de subsistencia de la *economía agraria* de pequeña producción, y la inmensa dispersión de los productos primarios que hacía inevitable una supercentralización del aparato estatal en Ru-

* Texto de una charla dada en París en 1982.

sia. Trotsky añadía una tercer causa: la inevitable contradicción entre los intereses inmediatos y a largo plazo de la clase obrera, en medio de la gran escasez y grandes exigencias de la construcción de posguerra. Insistía, no obstante, de manera muy significativa que el *burocratismo* no era "solamente la suma de los malos hábitos de empleados administrativos", sino que representaba "un fenómeno social; un sistema definido de administración de los hombres y las cosas"¹. El aspecto central de este fenómeno era el aparato estatal, pero este último —al absorber "una enorme cantidad de los elementos más activos del partido"²—: estaba infectando al propio partido bolchevique.

La expresión de esta contaminación era el dominio creciente del aparato estatal central dentro del partido, operando a través de las designaciones, reprimiendo el debate democrático y dividiendo a la Vieja Guardia de los militantes de base y de la joven generación. Este desarrollo planteó, a su vez, el peligro de la "degeneración burocrática"³ de la propia Vieja Guardia. Burocratismo era, por lo tanto —aquí Trotsky rompe claramente con el anterior análisis de Lenin—, "no la supervivencia de un régimen anterior, una sobrevivencia en proceso de desaparición; por el contrario, es un fenómeno esencialmente nuevo y que surge de las nuevas tareas, las nuevas funciones, las nuevas dificultades y los nuevos errores del partido".⁴

1. *The New Course*, Ann Arbor, 1965, p. 45.

2. *Ibidem*, p. 45.

3. *Ibidem*, p. 22.

4. *Ibidem*, p. 24.

Derrota de la Oposición de izquierda

Nuevo Curso advirtió sobre los peligros del burocratismo, antes de la victoria del grupo de Stalin dentro del PCUS. Después de consumada esta victoria, los escritos opositores de Trotsky al final de los años veinte tratan de dar una explicación más completa del fenómeno. *La Tercera Internacional después de Lenin* (1928) es quizá el texto más importante de los puntos de vista de su pensamiento en esta fase intermedia. Allí, atribuye la derrota de la Oposición de Izquierda en Rusia, que marcó el triunfo del burocratismo en el interior del régimen, a la *decadencia de la lucha de clases internacional*: sobre todo los desastres sufridos por la Revolución en Alemania en 1923 y la Revolución China en 1927, respectivamente, en los flancos occidental y oriental de la URSS. El cambio en el balance de fuerzas de clase a nivel internacional en beneficio del capital, se traducía inevitablemente dentro de Rusia en un aumento de la presión social exterior sobre el partido bolchevique. A ello se unió, a su turno, el fracaso de la fracción de Stalin para realizar una rápida industrialización en la URSS para aquella fecha, que habría reforzado el contrapeso que pudo tener el proletariado soviético.

Después que los efectos del Primer Plan Quinquenal fueron visibles, Trotsky modificó este argumento, afirmando que la nueva "aristocracia obrera" creada por el stajanovismo, por encima de las masas trabajadoras, funcionaba objetivamente como un apoyo del régimen burocrático dentro del partido. La propia facción de Stalin habría ganado su victoria con el slogan social-patriótico de "Socialismo de un solo país" y Trotsky aún estaba caracterizado como el centro, colocado entre la derecha del partido (Bujarin, Rykov, Tomsky) y la iz-

quierda (creación del aparato permanente del PCUS).

En su autobiografía *Mi vida* (1929) describió lo que entendía como el mecanismo social-psicológico que convirtió a tantos revolucionarios de 1917 en funcionarios de este régimen —“la liberación del filisteo en el bolchevique”— cuando el impulso de las masas insurgentes declinó al final de la guerra civil y la fatiga y la apatía apareció, creando un período de “reacción social” generalizado en la URSS. En otros ensayos posteriores de Trotsky sobre el impulso a la industrialización de Stalin, extendió la noción de “centro” faccional en una categoría más amplia como la del *centrismo* stalinista; argumentando que mientras el centrismo era un fenómeno intrínsecamente inestable en los países capitalistas, una postura a mitad de camino entre reforma y revolución en el movimiento obrero, reflejando los giros de derecha a izquierda o viceversa en las presiones de las masas; en la URSS pudo conseguir una base material estable en la burocracia de un nuevo Estado obrero. Los abruptos zig-zags de la política de Stalin tanto al interior como en el exterior (desde la conciliación a la guerra total con los kulaks, de la conciliación de clases al ultraizquierdismo en la Tercera Internacional) eran la expresión lógica de este carácter centrista de su régimen, sometido a complejas y contradictorias presiones de clase. La característica decisiva de estas presiones, no obstante, no era nacional sino internacional.

Las cuatro tesis fundamentales

La interpretación de Trotsky sobre el stalinismo, hasta aquí aún fragmentaria y tentativa en muchos aspectos, se convirtió en sistemática y concluyente a partir de 1933. La razón, por supuesto, fue el triunfo del nazismo en Alemania que convenció a Trotsky de que el Comintern —por la rectificación de cuya línea política luchó hasta último momento— era ya irrecuperable y con él el stalinizado PCUS mismo. La decisión de fundar una nueva Internacional fue por lo tanto el impulso inmediato de su frontal dedicación al problema de la naturaleza del stalinismo; que por primera vez se convirtió entonces en el objeto directo de la más amplia interpretación teórica tratada por sí misma, y no ya un tema tratado en el desarrollo de textos que discutían otros problemas.

El ensayo más importante que suministra casi todos los temas principales del análisis maduro del pensamiento de Trotsky sobre el stalinismo, fue escrito pocos meses después de la toma del poder por Hitler: *La naturaleza de clase del Estado soviético* (1933). Allí plantea las cuatro tesis fundamentales que serán la base de su posición hasta su muerte. En primer lugar, el papel del stalinismo debe diferenciarse en el interior o en el exterior de la URSS. Dentro de la URSS la burocracia stalinista juega un papel contradictorio, defendiéndose ella misma tanto contra la clase obrera soviética a la cual ha usurpado el poder, como contra la burguesía mundial que trata de anular todas las conquistas de la Revolución de Octubre y restaurar en Rusia el capitalismo. En este sentido continúa actuando como una fuerza "centrista". Fuera de la URSS, por el contrario, el stalinizado Comintern ha dejado de jugar cualquier papel anticapitalista,

como lo prueba entonces de manera irrevocable su debacle en Alemania. Como resultado, el aparato stalinista "pudo desperdiciar completamente su sentido como una fuerza revolucionaria internacional y sin embargo preservar parte de su contenido progresista como guardián de las conquistas sociales de la revolución proletaria"⁵.

Poco después Trotsky va a argumentar que el Comintern cumple un activo papel *contra*-revolucionario en la política mundial, aliándose con el capital y también mediatizando al movimiento obrero en la protección del poder monopólico stalinista en la misma Rusia, que puede ser amenazado por cualquier victoria de una revolución socialista que establezca una democracia obrera, en cualquier país.

En segundo lugar, en la URSS el stalinismo representa el gobierno de un *estrato* burocrático, que surge de manera parasitaria sobre la clase obrera y no una nueva *clase*. Este estrato no cumple un papel independiente estructural en el proceso de la producción, sino que obtiene sus privilegios económicos de la confiscación del poder político de los productores directos, dentro de los marcos de las relaciones de propiedad nacionalizadas.

En tercer lugar el Estado seguía siendo, tipológicamente, un *Estado obrero*, precisamente porque esas relaciones de propiedad —abarcando la expropiación de los expropiadores realizada en 1917— persistía. La identidad y la legitimidad de la burocracia como una "casta" política dependía de la defensa de ese Estado obrero. Por lo tanto Trotsky descartaba las dos interpretaciones más comunes del stalinismo en los años treinta (y que habían surgido en la Segunda Internacional durante la

5. *The Class Nature of the Soviet Union*, Londres, 1968, p. 4.

misma guerra civil): la de que representaba una forma de "capitalismo de Estado" o la de que era un "colectivismo burocrático". La dictadura de hierro que ejercían la policía stalinista y el aparato administrativo sobre el proletariado soviético no era incompatible con la preservación de la naturaleza obrera del Estado, como las dictaduras fascistas ejercidas sobre las burguesías no impedían la preservación de la naturaleza capitalista del Estado. La URSS era, incluso, un Estado obrero *degenerado*; y por otra parte una dictadura del proletariado "pura" —de acuerdo a una definición ideal de ésta— no había existido nunca en la Unión Soviética.

En cuarto lugar, y para terminar, los marxistas debían adoptar un doble punto de vista con respecto al Estado soviético. Por un lado, ya no existía ninguna posibilidad de que el régimen stalinista se autorreformara o que fuera reformado pacíficamente dentro de la URSS. Su régimen sólo podía ser abatido por un derrocamiento revolucionario desde la base, destruyendo toda su maquinaria de privilegios y represión, dejando intactas las relaciones sociales de propiedad sobre las que se asentaba, pero ahora dentro del contexto de una democracia proletaria. Por otra parte había que defender *externamente* al Estado soviético contra la constante amenaza de agresión y ataque del mundo burgués. Contra este enemigo la URSS, encarnando —como en efecto lo era— las conquistas anticapitalistas de la Revolución de Octubre, necesitaba la resuelta e incondicional solidaridad de los socialistas revolucionarios de todas partes. "Toda tendencia política que debilite a la Unión Soviética bajo el pretexto de su carácter "no proletario", corre el riesgo de convertirse en un instrumento pasivo del imperialismo"⁶.

6. *Ibidem*, p. 32.

“La revolución traicionada”

Estas cuatro características básicas del análisis de Trotsky sobre el stalinismo se mantuvieron estables hasta su asesinato. Sobre ellas erigió el edificio principal de su estudio de la sociedad soviética bajo Stalin: el libro titulado *¿Adónde va Rusia?* (1936), mal traducido como *La revolución traicionada*. En este trabajo Trotsky presenta un análisis panorámico de la estructura económica, social, política y cultural de la URSS a mediados de los años treinta, combinando el uso de un amplio material empírico con una fundamentación teórica profunda para su análisis del stalinismo. Allí aparece todo el fenómeno de una burocracia obrera represiva basada en la categoría de escasez (*nuzhda*), básica en el materialismo histórico desde que Marx la fundamentó en la *Ideología Alemana*. “La base del dominio burocrático es la pobreza de la sociedad en artículos de consumo, con el consiguiente resultado de la lucha de cada uno contra todos. Cuando hay suficientes bienes en los comercios, los compradores pueden comprar cuando lo desean. Cuando hay pocos bienes, los compradores deben, obligatoriamente, ponerse en fila. Cuando las filas son muy largas es necesario colocar un policía para mantener el orden. Este es el punto de partida del poder de la burocracia soviética. Ella “sabe” quién puede obtener algo y quién debe esperar”. En tanto continúe la escasez es inevitable la contradicción entre las relaciones de producción socializadas y las normas burguesas de distribución: es esta contradicción la que fatalmente se produce y reproduce el poder represivo de la burocracia stalinista.

Trotsky se dedica enseguida a explorar ambos términos de dicha contradicción, tomando en forma enfá-

7. *La revolución traicionada*, Nueva York, 1945, p. 112.

DEMOCRACIA Y SOCIALISMO

tica la amplitud del desarrollo industrial soviético aún con los bárbaros métodos empleados por la burocracia para conseguirlo, mientras expone al mismo tiempo, de manera meticulosa, la amplia gama de las desigualdades económicas, culturales y sociales generadas por el stalinismo, y ofreciendo estadísticas de la amplitud y la distribución del estrato burocrático en la URSS misma (alrededor del 12 al 15% de la población). Esta burocracia ha traicionado a la revolución mundial, aún cuando subjetivamente pueda sentirse leal a ella; no obstante continúa siendo ante los ojos de la burguesía mundial un enemigo irreconciliable, en tanto el capitalismo no se ha restaurado en Rusia. También es contradictoria la *dinámica* de este régimen: por un lado el desarrollo real que ha promovido en la URSS a pasos acelerados ha incrementado rápidamente el potencial económico y cultural de la clase obrera soviética, su capacidad para levantarse contra ella, mientras que por otro lado su propio parasitismo fue un impedimento cada vez mayor para un progreso industrial más amplio. Por muy espectaculares que fueran las realizaciones del Primer Plan Quinquenal, Trotsky advertía que estaban muy atrás aún de la *productividad social del trabajo* del capitalismo occidental, con un atraso que nunca podría ser superado a no ser que se produjera un crecimiento *cualitativo*, que la mala administración burocrática, precisamente, impedía.

“El rol progresista de la burocracia soviética coincide con el periodo dedicado a introducir en la Unión Soviética los elementos más importantes de la técnica capitalista. el mayor trabajo de copiar, imitar, trasplantar e injertar se realizó sobre las bases establecidas por la Revolución. No hubo en todo ello nada que significara algo nuevo en el campo de la técnica, de la ciencia o

del arte. Es posible construir fábricas gigantescas de acuerdo a un modelo ya pre-establecido y bajo dirección burocrática, aunque seguramente al triple del costo normal. Pero cuanto más se avance más se cae en problemas de calidad, lo que escapa del control de la burocracia como si fuera un espejismo. Los productos soviéticos están marcados con la etiqueta gris de la indiferencia. En una economía nacionalizada, la *calidad* exige la democracia de los productores y consumidores, la libertad de crítica e iniciativa"⁸. La superioridad tecnológica seguirá en manos del imperialismo en tanto subsista el stalinismo y le asegurará la victoria en cualquier guerra con la URSS, a no ser que estalle una revolución en el oeste. La tarea de los socialistas soviéticos era la de realizar una revolución *política* contra la fortificada burocracia anticipándose a aquella posibilidad, y cuya relación con la revolución socio-económica de 1917 debía ser similar al cambio de poder en 1830 o 1848 en relación a la revolución de 1789 en Francia, dentro del ciclo de las revoluciones burguesas.

En sus dos últimos años de vida, y cuando ya había estallado la Segunda Guerra Mundial, Trotsky ratificó su análisis básico, en una serie de polémicas concluyentes con Rizzi, Burnham, Schachtman y otros que proponían el concepto de "colectivismo burocrático". La clase obrera no era congénitamente incapaz de establecer su gobierno soberano sobre la sociedad. La URSS —"el país más en transición en una época de transición"— se encontraba entre el capitalismo y el socialismo oprimida por un feroz régimen policial que, sin embargo y a su manera, defendía la dictadura del proletariado. Pero la experiencia soviética era una "refracción excepcional"

8. *Ibidem*, p. 276.

de las leyes generales de la transición del capitalismo al socialismo en un país atrasado rodeado por el imperialismo, y por cierto no un modelo típico. El papel contradictorio del stalinismo en el interior y en el exterior ha sido confirmado por los episodios más recientes de la política internacional: su sabotaje contrarrevolucionario de la Revolución Española (fuera de su control) que contrasta con la abolición revolucionaria de la propiedad privada en sus regiones fronterizas de Polonia y Finlandia, incorporadas a la URSS. El deber de los marxistas de defender a la Unión Soviética contra cualquier ataque capitalista se mantenía inalterable. La desilusión y la fatiga no eran excusas para renunciar a las perspectivas clásicas del materialismo histórico. "Veinticinco años en la escala histórica, cuando se trata de profundos cambios en los sistemas económicos y culturales, tienen menos importancia que una hora en la vida de una persona. ¿Qué clase de individuo es una persona que, debido a fallas prácticas en el curso de un día o una hora, renuncia a objetivos que él mismo se ha fijado sobre la base de la experiencia y el análisis de toda su vida anterior?"⁹.

Cuarenta años después: una reevaluación

Han pasado cuarenta años y estamos todavía a unas pocas horas de la vida de aquel hombre. ¿Justifican esas horas —que subjetivamente parecen tan largas— cuestionar los análisis básicos de Trotsky? ¿Cómo debemos

9. *In Defense of Marxism*, Nueva York, 1965, p. 15.

valorar su legado de una perspectiva totalizadora del stalinismo?

Es necesario señalar que los méritos de la interpretación de Trotsky abarcan tres aspectos. En primer lugar entrega una teoría del fenómeno del stalinismo de larga temporalidad histórica, congruente con las categorías clásicas del marxismo. En su descripción de la naturaleza de la burocracia soviética trata siempre Trotsky de situarla en la lógica de la sucesión de los modos de producción y sus transiciones, con las correspondencias de los poderes de clase y los regímenes políticos, que heredó de Marx, Engels y Lenin. De allí su insistencia en que la perspectiva correcta para definir la relación de la burocracia con la clase obrera se encuentra en el antecedente y relaciones análogas entre el absolutismo y la aristocracia; el fascismo y la burguesía; de la misma manera que los antecedentes más relevantes de su propio derrocamiento serían los levantamientos políticos como los de 1830 o 1848, más que un nuevo 1789.

Debido a que pudo concebir la emergencia y consolidación del stalinismo en una amplia perspectiva histórica, eludió las explicaciones de un periodismo superficial que en forma improvisada hablaba de nuevas clases o modos de producción, fuera del análisis del materialismo histórico y que era característico de muchos de sus contemporáneos.

En segundo lugar, la riqueza y la penetración *sociológica* de su estudio de la URSS bajo Stalin no tiene parangón en la literatura de izquierda. *¿Adónde va Rusia?* sigue siendo una obra maestra hasta nuestros días, y a cuyo lado la colección de artículos de Shachtman o Kautsky, los libros de Burnham, Rizzi o Cliff, aparecen viejos y de escaso valor. Los avances más importantes en cuanto a un detallado análisis empírico de la URSS

DEMOCRACIA Y SOCIALISMO

desde la época de Trotsky, han sido obra de estudiosos profesionales que trabajaron en instituciones soviéticas después de la Segunda Guerra Mundial: Nove, Rigby, Carr, Davies, Hough, Lane y otros. Sus estudios han continuado más bien que contradicho los descubrimientos de Trotsky, dándonos un conocimiento mucho mayor de las estructuras internas de la economía soviética y de la burocracia soviética, pero les falta una teoría integradora que sí tenía Trotsky, que sigue siendo el trabajo histórico más importante sobre el destino de la revolución. Los escritos de Isaac Deutscher fueron realizados en profunda comunidad de ideas con este legado.

En tercer lugar, la interpretación de Trotsky sobre el stalinismo sobresale por su equilibrio *político*, su rechazo a todo tipo de adulación o reproche y por una sobria estimación de la naturaleza y dinámica contradictoria del régimen burocrático en la URSS. En la época de Trotsky la primera actitud era inusual en la izquierda, intoxicada con el ambiente de entusiasmo no sólo de los partidos comunistas sino de muchos observadores extranjeros, del orden stalinista en la URSS. En la actualidad es la última actitud la más inusual en medio de una creciente denuncia y crítica de la experiencia soviética, no sólo de muchos observadores de la izquierda sino también en el interior de muchos partidos comunistas. No hay duda de que ha sido la firme insistencia de Trotsky —tan fuera de moda en años recientes incluso entre muchos de sus propios seguidores— de que la URSS era en última instancia un Estado obrero, la clave de este equilibrio. Aquellos que rechazaban esta clasificación en beneficio de la noción de “capitalismo de Estado” o de “colectivismo burocrático” tuvieron invariablemente la dificultad de definir la actitud política frente a una entidad así definida por ellos, ya que si una cosa

era evidente en relación al "capitalismo de Estado" o al "colectivismo burocrático" era que en Rusia no había vestigios de las libertades democráticas que se podían encontrar en el "capitalismo privado" de Occidente. ¿No tendrían que apoyar los socialistas a este último en un conflicto entre ambos, como peligro menor, ya que por lo menos era "no totalitario"? La lógica de estas interpretaciones, dicho en otras palabras, tendía en última instancia (haciendo la relativa excepción de algunas de esas personas) a empujar a sus adherentes hacia la derecha. Kautsky, el padre de los conceptos de "capitalismo de Estado" y de "colectivismo burocrático" en los años veinte es un símbolo de esta trayectoria; Shachtman terminó su carrera aplaudiendo la guerra de Estados Unidos en Vietnam en los años sesenta. En contraste, la solidez y disciplina de la interpretación del stalinismo por parte de Trotsky adquiere relieve retrospectivo con el intento que sigue de repensar al stalinismo.

Las limitaciones del análisis de Trotsky

Al mismo tiempo, como todos los juicios históricos, la teorización de Trotsky sobre el stalinismo revelará algunas limitaciones, después de su muerte. ¿Cuáles fueron?. Paradójicamente conciernen menos al balance "interior" del stalinismo que a su actuación "exterior". Internamente el diagnóstico de Trotsky sobre el desarrollo económico de Rusia como una dirección burocrática, se mantiene. En la Unión Soviética se registrará un enorme progreso material en las cuatro décadas posteriores a su muerte; pero la productividad del trabajo se ha reve-

lado, cada vez más, como el talón de Aquiles de la economía, tal como Trotsky predijo. La época de un crecimiento extensivo ha llegado a su fin y la planificación supercentralizada y autoritaria se ha demostrado cada vez más incapaz de realizar la transición hacia un crecimiento cualitativo, intensivo: lo que tendencialmente implica la amenaza de una crisis interior del propio régimen, si la misma no se soluciona. La permanencia misma de la burocracia que sobrevivió a Stalin ha sido mayor de lo que, por supuesto, Trotsky imaginó en algunos de sus escritos de coyuntura; sin embargo, no se trata de una "longevidad" real en términos de tiempo histórico que era en los términos en que lo analizaba al final de su vida.

Esta persistencia se debe quizá, en parte, al ascenso social de algunos sectores obreros soviéticos a través de los canales del propio régimen burocrático (este reclutamiento de tantos nuevos cuadros ha sido enfatizado por diversos investigadores como Nove y Rigby). Otro aspecto ha sido, por cierto, la atomización política y el bajo nivel cultural de las grandes masas obreras surgidas en los años treinta; su carencia de toda memoria prestalinista, cosa que Trotsky subestimó. Pero de lejos, el retrato de la sociedad rusa que él trazó hace casi medio siglo se mantiene básicamente correcto y actual, desde una perspectiva contemporánea.

En el exterior, el análisis de Trotsky sobre el stalinismo se mostró menos acertado. Hay dos razones que sustentan esta discrepancia de sus pronósticos. En primer lugar se equivocó al calificar el papel exterior de la burocracia soviética como simple y unilateralmente "contra-revolucionario" ya que, de hecho, se iba a mostrar como profundamente *contradictoria* en sus acciones y efectos en el exterior, en la misma medida que lo era

en el interior. En segundo lugar se equivocó al pensar que el stalinismo representaba solamente una refracción "excepcional" o "aberrante" de las leyes generales de la transición del capitalismo al socialismo y que podían confinarse sus características sólo a Rusia. Las estructuras del poder burocrático y de la movilización auspiciadas bajo Stalin probaron ser tanto un fenómeno más *dinámico* como más *general* en el plano internacional de lo que Trotsky nunca imaginó. Al final de su vida predijo que la URSS iba a ser derrotada en una guerra con el imperialismo, a no ser que estallara la revolución en Occidente. De hecho y a pesar de todos los errores criminales de Stalin, el Ejército Rojo rechazó a la Wehrmacht y marchó victorioso a Berlín sin ayuda de ninguna revolución en Occidente. El fascismo europeo fue básicamente destruído por la Unión Soviética (242 divisiones alemanas desplegadas en el frente oriental contra sólo 22 en el frente occidental en Italia). El capitalismo fue abolido en la mitad del continente por medios burocráticos desde arriba y las operaciones en Polonia y Finlandia se extendieron hasta el Elba. Más aún, la permanente amenaza del "campo socialista" actuó como un acelerador decisivo para la descolonización burguesa en Africa y Asia en la posguerra. Sin la Segunda Guerra Mundial de los años cuarenta y cincuenta no habría existido el Tercer Mundo en los años sesenta. Las dos formas más importantes de progreso registradas en el mundo *capitalista* en los últimos cincuenta años —la derrota del fascismo y el fin del colonialismo— fueron por lo tanto directamente dependientes de la presencia y de la actividad de la URSS en la política internacional. En este sentido se puede argumentar paradójicamente, que las clases explotadas fuera de la Unión Soviética

fueron más directamente beneficiadas por su existencia que la propia clase obrera dentro de la Unión Soviética. Incluso la nueva prosperidad consumista de las clases obreras occidentales, el otro avance significativo en el capitalismo de la postguerra, debe mucho a las nuevas armas keynesianas creadas para enfrentar el desafío soviético en la guerra fría.

Estos efectos fueron originados, no obstante, de una manera objetiva y en un proceso involuntario, más que como producto de las intenciones conscientes de la burocracia soviética (incluso la destrucción del fascismo, que por cierto no formaba parte de los planes de Stalin en 1940). Son testimonio, sin embargo, de la lógica contradictoria del Estado "obrero degenerado" —colosalmente distorsionado, aunque aún persistentemente anticapitalista— y que Trotsky equivocadamente detenía en sus efectos en los límites de las fronteras soviéticas. Al final de los años sesenta, la URSS había conseguido algo así como una paridad estratégica con el imperia-lismo que Trotsky había concebido como imposible bajo dirección burocrática; y más aún, ésta se mostró capaz de ofrecer ayuda económica y militar vital a las revoluciones socialistas y los movimientos de liberación nacional en el exterior, asegurando la supervivencia de la Revolución Cubana, permitiendo el triunfo de la Revolución en Vietnam y asegurando la existencia de la Revolución de Angola. Estas acciones conscientes y deliberadas —en diametral contraste con las opciones de Stalin en España, Yugoslavia o Grecia— fueron precisamente el tipo de acciones que Trotsky descartaba por parte de la Unión Soviética cuando afirmó sin lugar a dudas o matices que fuera de sus fronteras sería una fuerza contrarrevolucionaria.

El segundo desmentido de la interpretación de

Trotsky fue más radical. Para él, el stalinismo era, esencialmente, un *aparato* burocrático, erigido por encima de una clase obrera golpeada, en nombre del mito "nacional reformista" del "Socialismo en un solo país". Los otros partidos del Comintern, a partir de 1933, eran analizados como simples apéndices del PCUS, incapaces de realizar una revolución socialista en sus propios países ya que, de hacerlo, irían contra las directivas del propio Stalin. Lo máximo que concedía aquél era que, solamente en casos de excepción, las masas insurgentes podían *compelir* a estos partidos a tomar el poder contra sus propios deseos. Al mismo tiempo consideraba a los países industrializados de Occidente como el lugar de exitosos avances socialistas, inspirados en partidos anti-stalinistas y al final de la Segunda Guerra Mundial. La Revolución se expandió, pero en las regiones atrasadas de Asia y los Balcanes. Más aún, esas revoluciones fueron organizadas y dirigidas por los partidos comunistas locales y leales a Stalin —China, Vietnam, Yugoslavia, Albania— y moldeados internamente en su estructura como el PCUS. Lejos de ser empujados pasivamente por las masas de sus países, estos partidos movilizaron activamente y dirigieron verticalmente a esas masas en el asalto al poder. Los Estados que ellos crearon fueron, de manera manifiesta, de la misma naturaleza (no idéntica, sino afines) que la URSS en lo que se refiere al sistema político básico. En otras palabras, el stalinismo probó ser no sólo un aparato, sino un *movimiento*, capaz no sólo de mantener el poder en un medio ambiente atrasado dominado por la escasez (URSS) sino también de conquistar el poder en lugares aún más atrasados y pauperizados (China y Vietnam); de expropiar a la burguesía y comenzar la lenta tarea de la construcción socialista, aún contra los deseos del propio Stalin. Por lo

tanto, una de las ecuaciones de la interpretación de Trotsky, inevitablemente se venía abajo. El stalinismo como un fenómeno amplio —esto es, un Estado obrero dirigido por un estrato burocrático autoritario— no representaba solamente una *degeneración* de un Estado preexistente de relativa pureza de clase; podía ser también una *generación* espontánea producida por las fuerzas de clase revolucionarias en sociedades muy atrasadas, sin una tradición democrática, ni burguesa ni obrera. Esta posibilidad, que iría a transformar el mapa mundial después de 1945, nunca fue entrevista por Trotsky.

El stalinismo en la actualidad .

La interpretación de Trotsky sobre el stalinismo encontró sus límites en estos dos aspectos críticos. Pero se mantuvo coherente con el aspecto central que él enfatizó: la naturaleza contradictoria del stalinismo hostil tanto a la propiedad capitalista como a la libertad proletaria. Irónicamente, su error se debió a pensar que esta contradicción podía quedar confinada dentro de la URSS misma, de donde "Stalinismo en un solo país" se demostraría como una contradicción en sus términos. Al señalar aquí la manera en que el stalinismo continuó actuando como un "factor revolucionario internacional", no es necesario señalar de qué manera continuó también actuando como un *factor reaccionario* internacional. Cada conquista impredecible tiene un precio incalculable. La multiplicación de Estados obreros burocratizados, cada uno con sus propios egoísmos nacionales sagrados, ha llevado inexorablemente a conflictos econó-

micos, políticos y ahora armados entre ellos. La protección militar que la URSS puede brindar a las revoluciones socialistas o a las fuerzas de liberación nacional en el Tercer Mundo también aumenta el peligro de una guerra nuclear mundial. La abolición del capitalismo en Europa oriental ha desatado las furias del nacionalismo contra Rusia, que a su vez respondió a las aspiraciones populares de la región con la más pura serie de intervenciones represivas y agresivas de la burocracia soviética. Checoslovaquia y Polonia son sólo los ejemplos más recientes.

Pero sobre todo, en tanto el modelo stalinista de transición a partir del capitalismo se propagó con éxito en las zonas atrasadas de Asia y Europa como las regiones donde se dio su extensión geográfica y prolongación temporal —que se puede completar con la demencia del tipo de Yezhovschina en la "Revolución Cultural", y en la "Kampuchea Democrática"— ha deteriorado la idea misma del socialismo en los países occidentales avanzados; su negación absoluta de la democracia proletaria inhibe a la clase obrera para un asalto contra el capitalismo dentro de las estructuras de la democracia burguesa y por lo tanto *fortalece* decisivamente los bastiones del imperialismo al final del siglo XX. *Rien ne se perd, hélas**. Todavía tenemos que contar con el inmenso conjunto de consecuencias y conexiones internacionales, progresivas y regresivas, revolucionarias y contrarrevolucionarias, que siguieron a partir del destino que sufrió la Revolución de Octubre y que dio origen al fenómeno que todavía seguimos llamando stalinismo.

* En francés en el original inglés.

Índice

Prólogo	/ 7
Norberto Bobbio y la democracia moderna	/ 15
Dictadura y democracia en América Latina	/ 43
La social democracia en los ochenta	/ 69
La interpretación de Trotsky sobre el stalinismo	/ 99
Derrota de la oposición de izquierda	/ 101
Las cuatro tesis fundamentales	/ 103
"La revolución traicionada"	/ 106
Cuarenta años después: una revaluación	/ 109
Las limitaciones del análisis de Trotsky	/ 112
El stalinismo en la actualidad	/ 117

Este libro se terminó de imprimir en:

A.B.R.N. Producciones gráficas

Oyuela 438, Villa Domingo, Pcia. de Buenos Aires, Argentina
en el mes de noviembre de 1988



Desde la revolución de 1848 hasta la "glasnot" en la actualidad, la relación entre socialismo y democracia ha dado lugar a numerosos debates, que deben renovarse frente a los problemas que presenta el análisis de las realidades específicas. El autor de *Transiciones de la antigüedad al feudalismo*, *El Estado absolutista*, *Las antinomias de Antonio Gramsci*, entre otras obras y director de la *New Left Review* constituye una referencia obligada para la discusión actual de esta problemática.

Perry Anderson analiza en uno de los trabajos incluidos en este volumen, los procesos latinoamericanos luego de los regímenes militares de la última década. Particularmente en los casos de Argentina, Uruguay y Brasil, el autor destaca que la "democracia capitalista es construida aquí sobre la derrota y no sobre la victoria de las clases populares".

Democracia y Socialismo, primera entrega de las *Fichas Temáticas de Cuadernos del Sur*, intenta contribuir a esa discusión imprescindible.

Tierra  fuego
del

